

BOLSIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

conspiración perfecta

vic logan



SS

SERVICIO SECRETO



VIC LOGAN

CONSPIRACIÓN PERFECTA

Colección

SERVICIO SECRETO n.º 1.304

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS – MÉXICO

ÚLTIMAS OBRAS DE LA MISMA AUTORA
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.295 — El intermediario.

En Colección PUNTO ROJO:

687 — Matar por unos centavos.

En Colección ASES DEL OESTE:

652 — El último en reír.

En Colección SALVAJE TEXAS:

888 — Tierra de colosos.

En Colección KANSAS:

863 — Siembra de violencia.

En Colección BRAVO OESTE:

584 — Parejas de damas para el vaquero.

En Colección CALIFORNIA:

864 — Senderos de venganza.

En Colección COLORADO:

877 — La muerte visita Wyoming.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

239 — Un 4 de julio accidentado.

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 24.803 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: agosto, 1975

© Vic Logan - 1975

texto

© Deslio - 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2.
Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que
aparecen en esta novela, así como las situaciones
de la misma, son fruto exclusivamente de la
imaginación del autor, por lo que cualquier
 semejanza con personajes, entidades o hechos
pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

CAPÍTULO PRIMERO

La Course de la Bomaine es un lugar cualquiera en la Banlieue de París.

Era también un domingo cualquiera de principios de junio. El silencio reinaba por todas partes, especialmente en el boulevard 2, con sus chalets rodeados de jardín. Todo estaba limpio y bien cuidado.

En la esquina había un automóvil negro detenido, con alguien en el interior. Alguien que podía vigilar perfectamente el último de los chalets, precisamente el que estaba situado en aquella esquina, y a la vez observaba también la furgoneta de una compañía de reparaciones de urgencia con el nombre de una conocida firma: «Domeni, a vótre Service.» Así podía leerse en una de las paredes laterales del vehículo.

La puerta de la casa estaba abierta y un joven empleado de aspecto dinámico estaba realizando una simple reparación. Simple en apariencia. Conectaba unos hilos a un conmutador y revisaba una pequeña cajita adosada junto a la puerta.

Tardó poco más de cinco minutos en concluir. Cerró la puerta cuidadosamente y dio la vuelta a una llave que guardó en el bolsillo. Seguidamente cruzó el jardín y salió a la calle para dirigirse a la furgoneta. Antes de subirse a ella sacó un paquete de cigarrillos, encendió uno y echó al suelo la carterilla de cerillas que había quedado vacía.

Cuando ya al volante del vehículo se alejó a lo largo del boulevard, el conductor del automóvil negro le siguió a prudente distancia.

El electricista vio el coche a través del espejo retrovisor y sonrió, acelerando ligeramente hasta salir de la tranquila urbanización.

Más allá, en un extenso parque, algunos chicos jugaban y corrían, la musiquilla de un transistor llegaba hasta el conductor del vehículo que antes de llegar a la carretera principal lo detuvo, sacó la llave del chalet donde había realizado la reparación y la arrojó al centro de la carretera para poner otra vez el auto en marcha y alejarse definitivamente.

El conductor del coche negro paró justo donde había caído la llave. El hombre salió para recogerla y guardarla y a continuación reemprendió de nuevo la marcha en dirección opuesta a la de la furgoneta.

Si alguien hubiese estado al tanto de lo sucedido quizá se hubiese sentido intrigado, pero en apariencia ninguna persona había sido testigo, ni de la reparación eléctrica en el chalet ni del detalle de la llave.

Por otra parte, una furgoneta de urgencias y un automóvil negro no eran artilugios extraños ni extraplanetarios para que nadie pudiera extrañarse de verlos por la urbanización.

Sin embargo, una muchacha de unos veinte años, que se hallaba en el

parque atenta a la lectura de un libro, se había levantado del banco advirtiéndolo a la pareja de niños que, sin duda, estaban a su cuidado:

—No os alejéis, niños. Vuelvo enseguida.

Y la muchacha guardó sus bonitas gafas en un estuche y aligerando el paso recorrió un corto sendero hasta llegar a un punto donde desde allí le fue posible seguir, con la ayuda de un minúsculo catalejo, la marcha de la furgoneta, su subsiguiente paro arrojando el conductor la llave para, poco después, dicha llave ser recogida por el conductor del coche negro.

La muchacha volvió a su banco. Observó que los niños se deslizaban felices por un tobogán y comprobó la hora. Eran poco más de las seis.

—Vamos, niños. Ya es hora de regresar.

La chica protestó:

—Papá y mamá llegarán tarde. Podemos quedarnos un rato más.

—Tenéis que tomaros un buen baño primero y a las siete es hora de comer. Ya sabéis que es necesario comer a las horas.

Los niños refunfuñaron algo, pero acabaron obedeciendo a la muchacha.

A pie, los tres tomaron el boulevard 2 y, después de andar unos cincuenta metros, que era más o menos la mitad, doblaron por la única esquina hasta llegar a otro chalet con planta y piso.

La muchacha abrió la puerta e hizo subir a los niños (siete y nueve años respectivamente) hacia sus habitaciones. Ella fue al baño y dio el grifo, comprobando que el agua saliera a una temperatura templada.

—Hoy Rosamary se bañará primero —dijo.

—¿Y qué hago yo mientras tanto? —preguntó el niño, que era el mayor.

—Nada. Esperar. O si lo prefieres lee algo. Leer siempre es bueno. —y dicho esto la joven cuidadora subió un tramo de escaleras hasta el torreón que remataba el edificio. Era un estudio particular del dueño de la casa, con ventanales a los cuatro vientos, un excelente mirador, desde el que podía observarse buena parte de la urbanización, aunque lo que a la muchacha interesaba era el chalet de la esquina del boulevard 2.

Seguía la calma.

La muchacha tomó el teléfono, que descansaba sobre la mesa de trabajo del torreón y marcó un número.

El número correspondía a un distrito de París. Esperó a que alguien contestara y cuando esto ocurrió se limitó a pedir:

—Quiero hablar con el señor Sarko. Paul Sarko.

—Un momento, señorita. ¡Ah! ¿De parte de quién?

—Está esperando mi llamada —repuso ella y mientras aguardaba asomó por la escalera y vio a la pequeña Rosamary salir de su habitación para dirigirse al baño.

Al otro lado del hilo, el uniformado mozo que había tomado el recado

se dirigía hacia uno de los salones del regio y distinguido club.

El local y su decoración parecía extraído de un cuadro en el que se representara una escena típicamente inglesa. Claro que se trataba del club Anglo-francés, una de cuyas características entre sus socios, además de su devoción por el buen whisky, era la de jugar al ajedrez.

Paul Sarko tomaba parte de una partida con un hombre elegante y maduro que estaba rumiando su jugada.

Sarko, por el contrario, era joven, con un dinamismo que no le cabía dentro de su bien cortado traje azul. Apenas si llegaba a la treintena de años, tenía los ojos muy grandes y la tez muy morena, contrastaba con la mayoría de los socios de la entidad. Su aspecto era el de un auténtico gentleman.

Acogió, con parsimonia, el anuncio de la llamada telefónica, aunque sus ojos denotaron fugazmente el interés que sentía por ella.

—Le pido disculpas —dijo levantándose ceremoniosamente.

—Por ahí, señor —le indicó el mozo.

Poco después Paul Sarko tomaba el auricular.

—Soy Paul. ¿Quién habla?

—Minerva —repuso la voz de la cuidadora de niños.

—¿Algo nuevo?

—Te diré lo que he visto...

La muchacha permaneció hablando unos segundos. Lo hizo de forma rápida y concisa. Paul escuchó sin interrumpirla. Cuando Minerva terminó se limitó a murmurar:

—De acuerdo, nos veremos esta noche. De momento todo seguirá igual. Y colgó para volver a su partida de ajedrez.

CAPÍTULO II

Paul Sarko se había dado un buen baño y eligió un traje azul, pero esta vez a rayas. Lo deshecho para escoger algo más deportivo. Pantalón claro, jersey y una chaqueta de cuero. Consultó el reloj al ponérselo. Era de oro, alta precisión y unos cuantos dispositivos poco comunes.

Eran las ocho.

Cogió el dinero, algunos documentos y... observó el otro objeto que había quedado sobre la cama. Un revólver. Dudó de llevarlo consigo, pero decidió guardarlo bajo el colchón de la cama. Luego tomó el teléfono. Eran las ocho y un minuto.

Marcó un número perteneciente a la Conree de la Domaine y esperó.

La propia Minerva se puso al otro lado del hilo.

—¿Minerva?

—Sí. Ahora acaban de llegar los señores.

—Menos mal que han sido puntuales —sonrió Paul.

—¿Dónde nos encontramos?

—Toma el autobús y baja en el puente, donde tú sabes. Allí te esperaré.

—Llegaré en media hora —aseguró ella.

—¿Alguna novedad?

—No, Paul, ninguna —repuso ella.

—De acuerdo, hasta dentro de media hora entonces —y Paul colgó.

Ella colgó también. Ahora había hablado desde el saloncito. La dueña de la casa apareció sonriente:

—Era para mí —sonrió Minerva.

—¿Su novio, eh? Hoy le hemos fastidiado el domingo. Pero no pudimos llegar antes.

—No tiene importancia, señora Toursay. Además ya me lo habían advertido.

—¿Se han portado bien los chicos? —inquirió la dueña de la casa.

—Divinamente. Tiene usted unos hijos excelentes, señora Toursay.

—Nosotros también estamos muy contentos de usted, señorita Minerva. Por cierto, un día de estos quisiéramos hablarle mi marido y yo... Se trata del próximo verano. Estamos prácticamente encima y... bueno, vaya pensando si le conviene quedarse con nosotros. Vamos a la costa y...

—Lo siento, señora Toursay... ahora tengo prisa y... bueno, no sé... Ya saben que mi estancia en París depende de los estudios.

—Sí, sí, comprendo, pero... en fin. Ya hablaremos otro día. Repito que estamos muy contentos con usted.

—Gracias, señora Toursay.

Minerva consiguió al fin salir a la calle y corrió hacia la esquina. Tenía el tiempo justo para tomar el autobús de las 8,10. Faltaban cinco minutos y poco antes había cruzado un coche en dirección al final del Boulevard 2.

En aquellos instantes el propietario del chalet donde unas horas antes el electricista había efectuado la reparación, se detenía frente al mismo.

Era un hombre joven, atlético. Iba solo.

Minerva no podía verle demasiado bien en la distancia, pero sabía que era él y se detuvo un momento a observarlo.

Le vio entrar en el jardín de la casa y detenerse a hablar con alguien, un vecino seguramente.

Segundos después el propietario del chalet metía la llave en la cerradura para entrar en la casa.

Minerva iba a proseguir su marcha.

El dueño del chalet del Boulevard 2 abrió la puerta y...

Una terrible e indescriptible explosión hizo tremolar el asfalto del boulevard.

Minerva quedó como paralizada al tiempo que buscaba el apoyo de un árbol para no caerse.

Inmediatamente después, del lugar donde ocupaba la casa surgió una inmensa llamarada.

Todo había sucedido en unos instantes y poco a poco fue apareciendo la gente extrañada y asustada. Se sucedieron los comentarios y alguien informaba aterrado.

—Es la primera casa del boulevard. ¡Ha quedado convertida en escombros!

El vecino que momentos antes había saludado al propietario del chalet apenas podía hablar:

—Dios mío... Pero si acabo de saludar al señor Deveraux... Yo mismo he visto cómo abría la puerta... No lo comprendo... No lo comprendo.

En la mayoría de los chalets podía apreciarse la huella de la tremenda explosión en forma de cristales rotos. Pocas ventanas conservaban íntegros los vidrios.

La calle estaba totalmente poblada de gente indecisa, asustada, que no sabía cómo reaccionar.

La humareda del chalet siniestrado se elevaba al aire mientras el fuego continuaba su labor aniquiladora.

Lo que había sido un chalet lujoso y bien construido como los otros, era solo una montaña de cascotes entre los cuales yacía el cuerpo de su propietario. Un cuerpo destrozado, quemado.

CAPÍTULO III

Eran cerca de las diez, y en un bar cafetería de tipo popular Paul Sarko, con su vestimenta deportiva, permanecía silencioso al lado de Minerva mientras la televisión retransmitía noticias de última hora:

—El rey Mohaim del pequeño estado africano de Mabunda que tiene anunciada su visita oficial a nuestro país, ha fijado el día 12 del corriente mes de junio como fecha formal para su llegada a París. Como se sabe la visita del monarca a la capital puede ser muy beneficiosa para todos sobre todo en esta época de crisis. Mabunda es rica en petróleo y se espera que el rey Mohaim haga importantes concesiones si bien las negociaciones entre el monarca y nuestro Gobierno, por razones obvias, se llevan en el más alto secreto...

El informador de TV tomó una nota de su mesa y leyó:

—Noticia de última hora. Hace menos de dos horas ha ocurrido una tremenda explosión en la Course de la Domaine, a veinte kilómetros de París. Al parecer ha quedado destruido un chalet propiedad de *monsieur* Anatole Deveraux, De momento se ignoran las causas que han producido el luctuoso suceso. Hay versiones contradictorias al respecto, pero en opinión general de los vecinos las causas no parecen naturales. La policía ha comenzado sus investigaciones.

Minerva y Paul salieron del local.

—¿Quién era Anatole Deveraux?

—Un agente de la CIA —repuso Paul lacónicamente.

—¿Francés?

—Residió muchos años en Norteamérica. Lo mandaron aquí con su familia con una misión especial. Compró ese chalet y justificaba sus ingresos como corresponsal de una cadena informativa de su país para que nadie sospechara.

—Entonces... ¿Deja familia?

—Esposa y dos hijos...

—Ellos hubieran podido morir también —murmuró Minerva aterrada.

—Sí. Han tenido suerte.

—Pero... ¿Tú sospechabas... que querían matarle?

—Sospechaba que ocurriría algo, pero no pensé que llegaran a tanto... Claro que... ya nada debería extrañarme.

—Dios mío... Si hubiese sabido...

—No pienses más en ello, Minerva —y tras una pausa añadió expulsando el humo del cigarrillo que estaba fumando—: Dijiste que habías visto una furgoneta de una lampistería. ¿Eh? Y un coche negro.

—Sí. Pero esto es corriente. Además, yo estaba en el parque. No vi nada especial, excepto lo de la llave.

—Bien... Ahora tendrán que sustituirle. Tendré que estar atento, más atento que nunca... Y estar preparado. Será mejor que nos dejemos de ver por algún tiempo. Tú también podrías correr riesgos.

—¿Es que estás amenazado?

—Que yo sepa, no. Soy un personaje anónimo en todo esto. Y espero seguir siéndolo.

—Pero ¿cuál es tu misión en realidad?

—No puedo decírtelo.

—¿No confías en mí?

—Confío y te quiero, Minerva, pero no me pidas que hable.

Guardaron silencio. Apoyados sobre una barandilla vieron durante algún rato el tranquilo paso de las aguas del Sena. La luz era escasa y menor aún la circulación rodada.

Minerva rompió el silencio para lanzar una nueva pregunta que igualmente habría que quedar sin respuesta:

—¿Cuál era la misión de Deveraux? —y al ver que su joven acompañante no respondía, añadió—: Comprendo. No puedes hablar.

—Vamos a despedirnos aquí, Minerva. No vuelvas a llamarme por si acaso, a menos que sea algo urgente. Si te necesito haré por verte. Es mejor que lo hagamos así. Toma un taxi y vete a casa.

—Paul... ¿Debo seguir en esa casa de la Course de la Domaine?

—Ya no es necesario.

—Entonces me despediré mañana mismo. Me habían ofrecido quedarme con ellos.

—Si te gusta...

—¡Oh, no! Sabes que acepté el trabajo porque me lo pediste... Cuidar niños no es mi fuerte.

—Si tienes dificultades para encontrar un empleo ve a ver al señor Dupont de la embajada.

—He hecho tantas cosas en mi vida que pedir empleo para mí es como un deporte —sonrió la joven tratando de animarse.

—Dejaste el que tenías por mí.

—¡Bah! París está lleno de empleos como ese. Trabajar para un gestor déspota por cuatro perras no se le puede llamar un buen empleo.

Se miraron en silencio. El la atrajo hacia sí y la besó en la boca. Fue un beso largo, lleno de fuego, como si se tratara del principio de una larga escena de amor, pero ella sabía que aquello no era más que una despedida.

—Si al menos supiera algo más de ti... —susurró Minerva.

—Sabes lo principal, que esté donde esté no te olvidaré nunca.

—No es mucho si no puedo estar contigo.

—Algún día...

—¿Cuánto tiempo?

—Poco. Menos del que imaginas, pero a mí se me hará muy largo.

—No tanto como a mí...

Pero Paul pensaba en otras cosas. Cosas que en aquel momento eran mucho más trascendentes incluso que hacer el amor con una chica como Minerva.

Se alejó. Su figura en la noche se recortaba graciosa y ondulante.

Era hermosa y bien moldeada.

Un gamberro surgió de alguna parte y le dijo algo al pasar. Ella se situó en el borde de la acera en espera de un taxi. El gamberro la siguió y debió decirle algunas procacidades porque Minerva se volvió y le replicó de mal talante:

—¡Lárgate, mal educado!

Pero el gamberro avanzó sus manos hacia ella. No advirtió que alguien se acercaba. Era Paul que había advertido la escena desde alguna distancia.

El gamberro intentaba coger a la muchacha por la cintura, pero Paul le atenazó por una muñeca y le obligó a dar la vuelta.

—¡Eh! ¿Quién diablos se cree usted qué es?

Paul no hizo ningún comentario, soltó al gamberro para propinarle dos sonoras y terribles bofetadas con tal contundencia que al recibir la segunda el tipo cayó al suelo llevándose las manos en las orejas, y como vio que Paul seguía allí, dispuesto a doblar su ración de caricias, reculó sentado en el suelo para desaparecer corriendo. Había tenido bastante. Paul se limitó a besar su propia mano y hacer el gesto simbólico de mandar el beso a Minerva.

CAPÍTULO IV

El calendario de la oficina de Air France en el aeropuerto de Orly señalaba el día 6 de junio. Eran las diez de la mañana y los pasajeros procedentes de Nueva York mostraban sus pasaportes a los agentes.

Uno de los recién llegados era Sidney Stocker, de unos 30 años y un metro ochenta y ocho centímetros de estatura. Mostró su pasaporte que le fue devuelto enseguida.

Alguien estaba esperando al pasajero. Una hermosa morena que le recibió con una amplia sonrisa.

—¡Oh, Sidney! Estaba impaciente por verte. Solo faltó que el vuelo se retrasase.

—Yo también deseaba abrazarte, querida —y ambos se besaron con vehemencia. De lo cual casi nadie hacía demasiado caso. Escenas como aquella son frecuentes en los aeropuertos.

Dos hombres sí parecían tener mucho interés en la pareja. No tanto por el beso sino como por las personas en sí.

Ambos, Sidney y la muchacha, se dirigieron a un coche.

—He traído el coche. Iremos directamente a casa —dijo ella.

Sidney se fijó fugazmente en los dos tipos que habían empezado a seguirles.

—Nos siguen —dijo quedamente mientras ella abría la puerta.

—Es lógico, cariño —replicó ella con una sonrisa.

—Conduciré yo.

—Por supuesto, cielo.

Sidney dejó que ella entrara para ocupar la plaza contigua a la del volante y él dio la vuelta para entrar por la otra portezuela.

Los otros dos tipos estaban ya instalados en un auto beige, modelo italiano, muy rápido.

Sidney puso el motor en marcha, miró el retrovisor y arrancó.

—¿Directo a casa? —inquirió él.

—137 Av de Bretagne —sonrió ella.

—A propósito. ¿Cómo se llama usted?

—¡Oh, qué despiste! Rita Malone.

—¿Estamos casados?

—Pues sí. Hace un par de años. Para la vecina del apartamento contiguo mi marido es diplomático. Hemos estado cerca de dos años residiendo en Londres hasta que te destinaron a París. Has tenido que pasar por Washington para arreglar no sé qué papeleo y mientras me has dejado a mí para que alquilara un apartamento y lo arreglara a mi gusto.

Es todo normal.

—Bueno —murmuró él observando al coche seguidor a través del espejo.

—¿Eres soltero, verdad? —preguntó ella de pronto.

—Y pienso seguir siéndolo. Aunque sabré portarme como un perfecto marido.

—¡Ah, ah! —cortó ella amenazándole con el índice—. La comedia es solo para los espectadores. Nada más.

—Entonces tendré que divorciarme —sonrió Sidney.

—Órdenes. El viejo lo arregló así.

—A propósito del viejo. ¿Cuándo le veré?

—Él lo decidirá. Dice que en este asunto quiere ir con pies de plomo. Sobre todo después de lo que le ocurrió a Deveraux.

Sidney contrajo el rostro. El nombre de Deveraux había tocado su fibra más sensible.

Se volvió de súbito y pareció buscar algo. Observó luego los mandos del coche.

Ella pareció comprenderle y dijo:

—No hay micrófonos. El viejo compró el coche especialmente para ti. Lo hizo revisar a fondo. Es un buen cacharro. En esta profesión no os estáis de nada.

—Esta no es mi profesión, Rita. Veo que te han informado mal.

—¿No eres agente de la CIA?

—No...

—¡Cielos!

—Y tú no eres muy diplomático que digamos.

—Tú eres el hombre que esperaba. Te he visto en todas las poses imaginables. Me he aprendido tus rasgos de memoria, tus gestos y hasta tu voz. No seré tan lista como algunos, pero estoy bastante bien conceptuada.

—¿Has realizado alguna vez un trabajo con un agente?

—Una vez.

—¿En París?

—No. El viejo no quiere caras conocidas. Fue en Londres y salió muy bien...

—Espero que este salga mejor... Pero ya ha empezado mal.

—Sí. El pobre Deveraux...

Seguían por la carretera. El tráfico era abundante y el coche seguidor continuaba tras ellos, sin perder distancia.

—¿Qué sabes de Deveraux? —preguntó Sidney.

—Lo que dicen los periódicos. Desde luego fue sabotaje. Instalaron una buena carga. Todo voló. No quedó piedra sobre piedra.

A medida que la muchacha hablaba, Sidney apretaba los puños con fuerza.

—¿Descubrieron algo? —preguntó.

—Eso ya es cosa del viejo. Yo no sé nada. Desde luego no se dijo que era un agente.

—Claro, pero los que tienen que saberlo ya están satisfechos...

—¿Tú vas a ocupar su puesto, eh?

—Eso espero.

—Pero no eres agente. Has dicho que no pertenecías...

—No. No soy agente. La CIA a veces recurre a personas fuera de la organización. Por varias razones...

—Y pagan bien.

—No vuelvas a decir esto. Si no nuestro matrimonio fracasará antes de haber empezado.

Ella le observó largamente. El rostro de Sidney parecía haberse endurecido en los últimos momentos. Sobre todo al hablar de Deveraux.

Rita sonrió en silencio y preguntó:

—¿Era amigo tuyo, verdad?

—Sí. Éramos muy amigos, Rita. Por eso acepté este trabajo. El dinero no me importa... Pero me gustaría saber quién mató a Anatol. —y aceleró de pronto.

Los seguidores no se dejaron sorprender y aceleraron a su vez. Sidney sorteó a un par de vehículos que le precedían tomando la hilera de la izquierda para meterse nuevamente a la derecha. Vio el anuncio de un desvío y sin dudarlo se metió por él.

—¡Eh! ¿Dónde vamos? —espetó ella.

—¡Estoy harto de que me sigan! —apretó el pedal con furia. El coche sobrepasó los ciento veinte en una carretera no precisamente apta para las carreras.

Los de atrás, lejos de arredrarse, pisaron a fondo igualmente.

Sidney demostró ser un excelente conductor, sobre todo en las curvas. A ciento treinta tomó la cerrada vuelta y consiguió que sus seguidores se despistaran saliendo de la carretera, pero enseguida volvieron a la carga para proseguir la persecución.

—Este cacharro no es tan bueno como aparenta —gruñó Sidney.

—No es un coche de carreras, por supuesto. Es para viajar con discreción... Un diplomático no debe ir a esas velocidades.

—¿Tienes miedo?

—¡No! Si me estoy divirtiendo —rio Rita de mala gana, pero no las tenía todas consigo, y los otros seguían ganando terreno.

Sobre sus cabezas apareció el helicóptero que parecía seguir el trazado de la carretera.

El piloto que lo manejaba era Paul Sarko muy atento a la endiablada carrera de los dos vehículos.

Mientras tanto, los dos hombres que seguían el auto de la pareja habían

recuperado la distancia perdida y marchaban a unos treinta metros. El conductor estaba haciendo sonar el claxon con insistencia.

Sidney trataba inútilmente de despegarse...

CAPÍTULO V

El conductor del automóvil que seguía a Sidney vio cómo el helicóptero estaba descendiendo.

—¿Policía? —preguntó a su compañero indicando hacia arriba.

—Pues está loco. Parece que quiere aterrizar en la carretera.

Paul estaba haciendo extrañas maniobras con el aparato interponiéndose entre los dos coches y obligando al conductor del vehículo perseguidor a aminorar la marcha.

—¡Maldito sea! ¡Está como un chivo! ¡Aparta ya de ahí!

La cabeza de Paul Sarko asomó y pareció que decía algo, pero sus palabras no pudieron ser oídas.

—Nos hace señales —dijo el compañero del conductor.

También Rita se había dado cuenta de la presencia del helicóptero, y Sidney que lo observaba a través del retrovisor.

La carrera, sin embargo, proseguía y más allá se divisaba un cruce. Una de las dos carreteras se estrechaba. Paul había observado el detalle desde el aire y tomó a descender, volando casi sobre el asfalto.

—¡Apártese ya! —gritó el conductor del vehículo—. ¿Quiere que nos estrellamos?

Paul gritó:

—No puedo. Tengo una avería y esto no quiere elevarse... Déjenme sitio. ¿Me oyen?

—¡Este imbécil se va a detener aquí en medio! —gruñó el conductor.

Estaban ya sobre la curva. Sidney tomó la carretera más estrecha y aceleró.

Paul Sarko dejó posar las patas del helicóptero sobre el asfalto. El coche que perseguía a Sidney no pudo hacer otra cosa que detenerse. No había sitio para pasar por los lados porque el terreno era más elevado, formando una pequeña, pero insalvable pared.

El conductor del coche salió como una furia.

—¡Por poco consigue que nos estrellamos! ¿Es que no tiene un sitio mejor para detenerse? ¡Saque ese cacharro de la carretera!

Paul saltó sonriendo y agachó la cabeza al pasar por debajo de las batientes aspas del pequeño aparato.

—Con mucho gusto lo sacaré, amigo. ¿Entiende usted de esto?

—¿Yo?

—Los que me lo alquilaron me dijeron que funcionaba perfectamente, pero está hecho una porquería y mis conocimientos de mecánica son insuficientes para arreglarlo.

—Podía haber parado en el campo.

—Mire, amigo... Me conviene encontrar un teléfono para avisar. Si ustedes tienen prisa, yo también. Así que... Si pueden llevarme a una cabina...

—¿Es que no tiene radio? —preguntó el compañero del conductor.

—Está estropeado. ¿Quiere verlo?

En aquel momento los dos tipos parecieron recelar y con la mirada uno pareció decirle al otro. «No le pierdas de vista mientras yo compruebo si ha dicho la verdad».

Uno de los dos subió al aparato y comprobó que la radio no funcionaba. En cuanto a los mandos no entendía nada y tuvo que admitir la palabra de Sarko.

—Trabajo en la embajada británica. Mi nombre es Paul Sarko. Yo siento haberles fastidiado, pero no es culpa mía que esto no funcione. —Y seguidamente añadió—: De todos modos si consigo arreglar esto puedo llevarles a París si tienen prisa.

¡Ya era demasiado tarde para continuar la persecución de Sidney!

Paul se puso a silbar mientras se metía de nuevo en el aparato, disimulando su satisfacción por haber impedido que aquella persecución continuara.

Tras su expresión de absoluta inocencia murmuraba para sus adentros:

—«Espero que me des las gracias por el favor que acabo de hacerte, Sidney.»

* * *

Apenas Sidney había dejado las maletas, recibió la primera llamada telefónica desde su nuevo y transitorio hogar. Era el viejo.

—Tengo que salir —dijo a Rita Malone.

—Iré contigo.

—No. Quiere que vaya solo.

—¿Conoces París?

—Un poco.

—¿Dónde vas?

—A una estación de Metro.

Sidney salió a la calle. Tomó el coche, se dirigió al lugar que le había sido indicado. Más tarde compraba un billete de Metro en la estación de Lyon.

Era mediodía, había avalanchas de gente, un lugar ideal para pasar inadvertido.

Allí se encontró con el «viejo» Elmer Parrish.

—Nada de preámbulos. Iré al grano —le dijo sin mirarle—. Le han propuesto para ocupar el puesto de Deveraux. Sé que usted era amigo

personal suyo, pero aquí no se trata de una venganza.

—¿Han averiguado algo?

—Esto tampoco es de su incumbencia. Sepa que al principio no me gustó su nombramiento. Esto es trabajo para un profesional, pero en épocas no muy lejanas usted dio pruebas de una cierta valía.

—Viniendo de usted debo entender sus palabras como un requiebro.

—No suelo adular a la gente, Stocker. Ahora escuche con atención. Tendrá a todo un equipo que trabajen a sus órdenes. Tendrá que estudiar el terreno palmo a palmo. Partirá de cero y solo tiene seis días. Ya no puede volverse atrás.

—No pensaba hacerlo.

—Rita le dará un teléfono, utilícelo solo en caso de suma emergencia.

—¿Y cómo comunicaré con mi gente?

—Rita lo tiene todo.

—¿Y con usted?

—Conmigo no tiene por qué verse. Seré yo quien le localice cuando me convenga.

—Excepto para alguna emergencia.

—Desde luego, pero acostúmbrese a estar solo.

—¿Algún lugar especial para citar a la gente?

—Eso es asunto suyo. Por cierto... hoy ha conocido a dos de sus muchachos... Los que le seguían en el automóvil, pero usted los despistó.

—Debí suponerlo —murmuró Sidney con una leve sonrisa recordando aquella persecución.

Parrish inquirió entonces:

—Por cierto... ¿quién era el tipo del helicóptero? Dijeron que un helicóptero se había interpuesto.

—No sé. Ni idea —murmuró Sidney.

Por primera vez «el viejo» —que tendría a lo sumo unos cincuenta años — le miró unos instantes, buscando sus ojos como si tratara de ver alguna traición en ellos:

—Me gusta que me digan la verdad. Yo no creo en las casualidades, y lo de ese helicóptero tiene todas las trazas de ser algo hecho a posta.

—Si tiene tan buen servicio de información averíguelo usted mismo. Yo no estoy aquí para esto.

—No me ha gustado esta respuesta, Stocker.

—Ni a mí me gusta que me llamen embustero.

—Averiguaré quién era ese tipo.

—En cualquier caso se supone que me ha hecho un favor. Evitó que sus sabuesos me dieran alcance.

—Ellos querían protegerle.

—Pero a lo mejor el del helicóptero pensó lo contrario. Es una buena hipótesis, ¿no?

—Es... hora de empezar a trabajar, Stocker. Adiós. Le repito que solo tiene seis días —con esas palabras Parrish, alias el viejo, dio por terminada su charla con Sidney Stocker

CAPÍTULO VI

—Seis días —repitió Sidney marcando con un círculo rojo una hoja del calendario de pared que colgaba en un rincón de la cocina del apartamento que Rita había alquilado.

En el círculo trazado por el agente quedó encerrado la fecha doce. 12 de junio.

—Creo que ningún personaje de la historia va a estar tan bien protegido como ese rey Mohaim —murmuró Rita que terminaba de preparar unos bocadillos—. Esto está lleno de agentes de todo el mundo para protegerle.

—Pero alguien debe tener interés en que esta protección fracase —repuso Sidney pensando en Deveraux.

—Apuesto a que contigo tendrán menos suerte —sonrió ella.

—Lo dices en un tono muy deportivo. En el fondo no parece importarte gran cosa...

—Hijo. No olvides que voy a pasarme muchas horas contigo. Si alguien intenta liquidarte puedo correr la misma suerte que tú... Así que por nuestro mutuo bien espero que triunfes en tu misión.

—Cuéntame todos los detalles de lo sucedido... —dijo Sidney de pronto.

—¡Oh! Otra vez empiezas con lo de Deveraux... Sabes que tienes el tiempo limitado...

—Tú déjame hacer a mí. Mi misión no dejaré de cumplirla porque además quiera saber quién asesinó a mi amigo.

—Volaron su casa. Ya te lo dije. Parece que instalaron un dispositivo conectado a la puerta. Al abrirla estaba previsto que estallara... Algo muy simple, pero de efectos terroríficos como se vio.

—Deveraux y su familia no estaba en casa cuando hicieron las conexiones. Esto es evidente.

—Era domingo y había salido con su familia. Tienen unos amigos en... no sé dónde. Según declaró la esposa estaban invitados a quedarse unos días más, pero alguien llamó a Deveraux y tuvo que marcharse con urgencia asegurando que no tardaría en regresar. Su mujer no se extrañó porque sin duda pensó que se trataba de algo relacionado con su trabajo... Y esto es todo.

—Iré a visitar a su esposa.

—¿La conoces?

—Claro que la conozco. Incluso soy padrino de uno de los chicos... Pero los pequeños no deben saber que estoy aquí. Tendrás que preparar una

entrevista para que pueda ver a Norma Deveraux a solas.

—Pero esto no es... —empezó Rita a quien Sidney atajó vehemente.

—Tú harás lo que yo te diga. No empecemos a discutir.

—Bueno, hombre... ¿Quieres los bocadillos que he preparado? Lo siento. Es lo único que sé hacer. Las cocinas no sé cómo funcionan.

Comieron sin apenas hablar. Sidney seguía pensativo. Fue Rita la que una vez más rompió el silencio.

—No comprendo por qué hemos de andar con tanto misterio. Es lógico que a un personaje importante se le proteja, por lo tanto no veo por qué nosotros hemos de pasar inadvertidos. No vamos a ser los únicos en dar protección a ese monarca.

—Te lo explicaré, Rita.

—A ver si me entero.

—Hay dos clases de protección. La oficial. La que está a la vista, y la real...

—Pues sigo sin entenderlo —sonrió ella con la boca llena.

—Es muy sencillo. En la época que nos ha tocado vivir, un rey que posea petróleo es presa codiciada. Todos los Gobiernos, de forma más o menos solapada, intentarán conseguir unas concesiones y el país que obre con más listeza obtendrá los favores que pretende. Francia parece tener todas las cartas a su favor para que Mohaim le haga importantes concesiones, pero ese personaje, saliendo de este país, tiene que ir a Inglaterra y a los Estados Unidos. De ahí parte que las naciones más directamente interesadas quieran proteger su viaje...

—Sí, sí. Esto lo entiendo perfectamente. Es lo que tú has llamado «protección oficial».

—Exacto. Pero sucede que de por medio se sabe que está mezclada una organización que pretende asesinar al rey Mohaim.

—¿Una organización? ¿Pero qué organización?

—Eso no importa, Rita. Son datos confidenciales. Se sabe que hay agentes mezclados. Son auténticos asesinos a sueldo que fingiendo proteger al monarca lo que aguardan es su llegada para matarle, por eso la CIA lleva este asunto con el máximo secreto. Tienen a otros agentes conocidos que a la llegada del personaje ocuparán sus puestos, pero además de estos estaremos nosotros y nuestra misión específica, además de la de salvaguardar la vida de Mohaim, será la de vigilar a los agentes. Esa es la protección real, la única capaz de impedir que una mano asesina cumpla su misión.

Rita lanzó un silbido y continuó comiendo:

—¡Qué complicado es el mundo!

—Creí que sabías todo esto.

—El viejo no es muy explícito. Además, yo no recibo las órdenes directamente. No olvides que estaba en Inglaterra cuando me llamaron.

Alguien me dio las instrucciones, luego tuve un par de conversaciones con Parrish. Eso es todo.

Después de tomar un sorbo de vino, Sidney se levantó.

—Prepárame esa entrevista con la señora Deveraux para mañana. Elige un sitio discreto.

—No te han gustado mis bocadillos, ¿eh? Apenas los has probado.

—He hecho un largo viaje, Rita y tengo mucho en qué pensar.

—¿Vas a salir?

—Sí. Y dame esos teléfonos que guardas.

—¡Oh, sí! Se me había olvidado... ¿Dónde estarás?

—Por ahí.

—Tengo que saberlo. En cualquier momento puedo ser tu ángel de la guarda.

—Creo que hoy no —sonrió.

Ella fue un instante al cuarto de baño y salió con una pequeña libretita.

—Ahí están. Será mejor que te los aprendas de memoria. Luego puedes tirar la libreta. Yo también los tengo grabados.

Sidney tomó la libretita y memorizó los números anotados. Ella le interrumpió.

—¿Quién tiene interés en matar a ese rey africano? ¿Por qué?

—Quizá alguien esté interesado en que no haga ninguna concesión petrolífera a los occidentales. Es todo lo que puedo decirte, pero que quieren asesinarle puedes estar segura.

—Nosotros lo impediremos. Tú... Creo que eres más listo de lo que aparentas.

—Gracias por decirme que hago cara de tonto.

—Hombre, yo no he querido...

La campanilla de la puerta les interrumpió. Se miraron. ¿Quién será?, parecieron preguntarse. Rita alzó los hombros. Salió de dudas yendo a abrir.

Era la vecina, la señora Morgan, con cara de entrometida.

—Es la señora Morgan, ya te hablé de ella, querido —sonrió Rita. Sidney estaba en la puerta a punto de salir. Fue breve.

—A sus pies, señora. Mi esposa la atenderá, yo no puedo entretenerme...

—¡Oh! Va a salir solo —la cuarentona envejecida pareció escandalizarse—. Yo de usted no le dejaría, querida. La primera noche en París y su marido sale solo.

—Asuntos de mi trabajo en la embajada —sonrió—. Le advierto que soy un excelente marido.

La señora Morgan no parecía muy convencida, pero Sidney no le dio pie para alargar la conversación. Salió sin más y dejó que la vecina hinchara la cabeza de consejos a Rita, y compadeció a esta por tener que

soportarlos.

Luego en la calle iba a subir en su coche, pero optó por ir a pie y buscar la parada de autobús más próxima.

Después tomó el Metro. Se aseguró de que no había sido seguido y al fin llegó a su destino.

Un lujoso apartamento de las afueras. Llamó y el dueño le abrió la puerta: Era Paul Sarko.

CAPÍTULO VII

Paul y Sidney brindaron por el reencuentro. Luego la conversación giró un momento en torno a la persecución de aquella mañana a la salida del aeropuerto.

—Al principio no te vi muy bien, pero supuse que eras tú... Pero lamento decirte que no me salvaste la vida.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Sí —sonrió Paul—. Aquellos eran de la CIA.

—¡Vaya! ¿Les conoces a todos?

—A casi todos. Tengo un buen cargo como agregado y mis relaciones públicas funcionan perfectamente... Aunque algo falla, de lo contrario Deveraux no habría muerto. Lo siento por ti, sé que erais amigos. Muy amigos.

—Quiero hacer algo más que realizar una simple misión. Me he propuesto saber quién fue.

—Es mejor que lo dejes de mi cuenta. A ti no te conocen, Sid, pero si empiezas a husmear pueden sospechar.

—¿Es que has averiguado algo?

—No todo lo que quisiera saber, pero lo averiguaré. Ahora lo importante es esa fecha, la del día doce... Quieren matar al rey y no hay tiempo material para descubrir al asesino, pero el rey no morirá y sé que este día sabré quién quiere matarlo. —Y Paul hablaba con un extraño acento; como si más que nadie deseara descubrir a los culpables de la conspiración.

Sidney interrumpió el breve silencio.

—Deveraux debió descubrir algo... por eso le mataron. Él debía conocer al traidor...

—Es posible, pero yo también tengo mis hipótesis. Habrá tiempo para todo... Lo importante es que estés aquí. Fui yo quien solicitó tu presencia. Naturalmente lo hice a través de terceras personas y tuve una gran alegría cuando me dijeron que vendrías.

—¿Cuándo hiciste la petición?

—Desde el primer momento.

—Pero si Deveraux estaba encargado mi presencia aquí no tenía sentido. Deveraux era el mejor de los agentes. No comprendo cómo pudo dejarse sorprender... ¿Tú sospechabas?

—Yo sabía que algo no funcionaba bien, por eso pedí a mis amistades que te mandaran a ti como refuerzo. Tuvieron que vencer muchas

dificultades, pero me aseguraron que estarías aquí. Tú eres la persona en quien yo más confío...

—Gracias, Paul, pero... yo solo hace dos días que recibí la propuesta. El asesinato de Deveraux fue lo que decantó el fiel de la balanza para que aceptara. Ya no estoy metido en esto. Hice algunas colaboraciones, precisamente porque Deveraux me lo pidió...

—Ahora también te lo habría pedido él. Tu llegada estaba prevista para el último momento. Ahora todo ha tenido que cambiarse...

—Comprendo... ¿Tienes algún plan?

—Sí, tengo un plan. A falta de conocer a los traidores haremos que el rey haga su visita a Francia sin que le ocurra nada, pero ya tendremos tiempo de hablar de todo esto.

—Lo que tú digas, Paul, aparte de Deveraux tú eras mi otro gran amigo.

—Lo celebro... ¡Por nuestra amistad!

Brindaron. Había tristeza sin embargo en la mirada de Sidney. No podía beber a gusto, pero lo hizo por Paul.

—¿Cómo está tu madre, Sid?

—¡Oh, estupenda! Vivimos en Buffalo como sabes. He comprado una pequeña casita. Está muy bien... ¿Y tú? ¿Cuándo piensas volver otra vez a los Estados Unidos?

—¡Oh! Temo que tendré que aplazar mi viaje... Yo tengo otros deberes...

—¿Es que tu padre...?

—Mi padre está muy bien de aspecto, pero su salud no es tan buena como lo que la gente cree, pero cuando dejé los negocios estará mucho mejor...

Paul rio de buena gana y su compañero le imitó para saltar luego con una pregunta:

—Oye... Si sabías que los que iban en el coche eran compañeros míos... ¿Por qué impediste que me siguieran? Ellos tenían la misión de protegerme...

—¡Oh, sí! Pero es que al principio yo no lo sabía... Y el hecho de que fueran compañeros tuyos no quiere decir que trataran de protegerte...

—Estarás hablando en broma, ¿verdad?

—No, Sid. Hablo en serio —murmuró Paul con una extraña sonrisa.

—¿Estás intentando decirme que los traidores pueden estar metidos...?

—Los que pretenden matar al rey, querido Sid, pueden estar en cualquier parte, metidos en cualquier organización, incluida la CIA. Por lo tanto soy el primero en no fiarme de nadie... Excepto de ti, por supuesto.

—Ya me has dado nuevos temas para preocuparme, Paul.

—Lo siento.

—Por mi parte he negado que te conociera, pero Parrish, el viejo, ya sabes, no me ha creído. Es posible que investigue.

—Eso no me importa. He facilitado mi nombre y mi trabajo a los agentes.

—Ten cuidado tú también.

—Yo siempre tengo cuidado, amigo, pero ahora no se trata de mí.

Un apretón de manos fue la despedida de aquel par de buenos amigos, pero aún en la puerta Sidney murmuró:

—Tengo asignados media docena de hombres. Te daré sus nombres y te ruego que si hay algún sospechoso me lo digas.

La respuesta de Paul fue una sonrisa.

—No te preocupes, Sidney. El traidor no debe de estar necesariamente a tu espalda... Hasta la vista. Ya hablaremos.

La palabra traición fue la inseparable compañera de Sidney cuando regresó a su apartamento al otro extremo de París.

Traición...

Los traidores podían estar en todas partes, y el día doce de junio alguien había decidido que muriera el rey de un pequeño estado independiente de África, un estado pequeño, pero multimillonario en petróleo.

CAPÍTULO VIII

Sidney iba en un taxi cuando al aproximarse a su apartamento vio bastante movimiento.

—Parece que allí ha ocurrido algo —dijo el conductor.

El comentario era innecesario ante la presencia de la ambulancia y de varios coches de policía franceses.

El taxista frenó el vehículo ante la señal de un gendarme que le indicaba circulara por el lado izquierdo. Sidney pagó y avanzó hacia la gente que se había agrupado en torno a la entrada de la escalera.

—No se puede pasar —le dijo un gendarme.

—Yo vivo aquí —repuso y se abrió paso.

Dos camilleros llevaban una forma humana cubierta con una sábana. Una mujer chilló:

—¡Está muerta!

—¿Quién es? —exclamó Sidney plantándose ante los camilleros.

—Hay otra mujer herida en el apartamento.

—¿Qué apartamento? Yo vivo en el segundo piso, B.

Un oficial se aproximó y preguntó:

—¿Es usted el señor Stocker?

—Sí. Yo soy.

El policía hizo una seña a los camilleros para que aguardaran, mientras él separaba el lienzo que cubría el rostro de la persona que iban a depositar dentro de la ambulancia.

Sidney mostró su sorpresa al ver la cara de la mujer:

¡La vecina!

Aquella entrometida señora Morgan a la que apenas había tenido tiempo de saludar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—¿La conoce? —inquirió a su vez el oficial.

—La vi un momento. Hace poco más de una hora. La dejé en casa con...

Rita... mi esposa.

—Ya. Bueno, pueden llevársela. Venga conmigo. Subiremos a su apartamento.

—¿Qué ha pasado? —insistió Sidney.

—Sabemos poco. Se supone que alguien ha llamado y ha disparado a bocajarro contra las dos mujeres... Su esposa está bien. Tiene solo una herida en el brazo. Es de poca importancia. El médico le ha practicado una primera cura. Es posible que no tenga necesidad de ser atendida en el hospital.

La casa tenía únicamente dos plantas. Dos apartamentos en la primera y los otros dos en la segunda y última. Los de la primera estaban deshabitados ambos. Solo en la segunda había inquilinos: Los Stocker — oficialmente marido y mujer— y los Morgan.

Sidney, aunque no tuviera lazos que le unieran con Rita, naturalmente mostró su interés por la muchacha que al igual que él trabajaba en el mismo asunto, compañera al fin y la menos indicada para pagar las consecuencias de un canallesco plan.

Estaba en la cama, muy pálida, pero con fuerzas aún para sonreír.

—Mala hierba nunca muere, cariño —trató de mostrarse fuerte, pero enseguida rompió a llorar y Sidney, sentado a su lado, dejó que ella apoyara la cabeza en su pecho y la abrazó.

—Tranquilízate, calma, querida... Luego explicarás lo ocurrido.

Ella intentó serenarse y repitió lo que ya el oficial había oído.

—Llamaron... Hace apenas media hora. La señora Morgan seguía aquí y dijo: «Debe ser mi marido que viene a buscarme». Por lo que ella misma se me adelantó para abrir la puerta.

Rita hizo una pausa y prosiguió enseguida:

—Fue terrible... ¡Y todo tan rápido! Apareció la mujer y disparó. Yo grité y volvió a disparar. Luego se abrió una puerta y oí voces... Creo que me desmayé un momento...

—¿Has dicho que era una mujer? —inquirió Sidney.

—Sí... —vaciló Rita.

—¿Cómo era? —siguió Sidney.

—No lo sé. La verdad es que no tuve tiempo de fijarme... Llevaba un chal... Eso sí, un chal, le cubría el cuerpo, no sé... Parecía joven. Lo siento, lo siento —se disculpó.

—Bueno, cálmate —la tranquilizó Sidney, pero fue el oficial de la policía quien volvió a la carga.

—Nombró usted una puerta. Dijo que se había abierto una puerta.

—Eso me pareció en aquel momento y oí voces...

—No vive nadie más en el edificio —recordó el policía y cambió una mirada con Sidney al que preguntó casi rutinariamente:

—Usted es diplomático, ¿verdad?

—Así es.

—Seguramente querrá hablar con su embajada.

—Por supuesto.

—Ya hemos informado, señor Stocker. Bien, perdone si le ocasionamos más molestias. Debemos proseguir con nuestra labor... En cuanto a usted, señora Stocker, procure, si le es posible, hacer memoria, quizá recuerde algún otro detalle que ahora se le ha olvidado.

El médico llamó aparte a Sidney para decirle:

—La bala hubiera podido destrozarle el hombro. Un proyectil del 38.

Sin embargo la rozó solamente, pero le desgarró la carne. Si quiere la llevamos al hospital, aunque particularmente creo que no es necesario. Dentro de dos días, si no recibimos orden en contra, se la curará de nuevo... Quiero decir si sus compatriotas no quieren tomarse el trabajo para ellos. Ejem... Bueno, le daré un calmante, su esposa está un poco excitada y en estos casos lo importante es descansar.

Los agentes continuaron tomando datos, el oficial dio un último repaso y llegaron al fin los de la embajada. A Sidney le sorprendió ver al propio Parrish, pero disimuló.

Luego se recibió una llamada telefónica. Alguien importante pidió hablar con el oficial encargado que se puso al teléfono. Sidney pudo oír perfectamente cómo el policía respondía con monosílabos.

—Sí, señor... Sí... Sí, señor, de acuerdo... Sí, señor...

Apenas dijo algo más. Luego dio la orden a todos de que podían retirarse. Al oficial no debió hacerle la menor gracia la orden recibida, pero su deber era obedecer.

Luego en el apartamento quedaron solos Rita, Sidney y Parrish. Y fue este último quien tomó la palabra tras asegurarse de que no había quedado nadie por los pasillos.

—Iban por usted —dijo señalando a Sidney—. Pero esta vez confiaron el trabajo a un inexperto. Debe tener más cuidado, Stocker. No ha empezado usted muy bien. Lección primera, no se fíe solo de sí mismo.

—¿Dónde está mi error, Parrish?

—En ir solo. En una misión como la suya necesita tener las espaldas guardadas.

—A mí no me ha ocurrido nada.

—Pero en adelante puede ocurrirle. Le han descubierto a pesar de nuestras precauciones. Esto le servirá de aviso. Y no se preocupe por nada, no volverán a molestarle. Personalmente me he ocupado de que la policía deje de hacer preguntas.

—No acabo de entenderle, Parrish. Si se supone que yo estaba vigilado, ¿por qué no me siguieron y acabaron conmigo?

—Porque ellos también cometen errores.

—Yo no veo el mío a pesar de lo que usted diga.

—Voy a confesarle algo, Stocker —y miró a Rita que ya empezaba a mostrar los efectos del calmante. Parrish hizo una seña para continuar la conversación lejos de la habitación y allí prosiguió—: Luchamos contra gente inteligente. En lo que ha ocurrido aquí el error es de Rita. La agresión no vino de fuera, sino de dentro...

—¿Quién disparó, Parrish? —preguntó Sidney Stocker que empezaba a adivinar.

—La señora Morgan. La vecina. Rita no sospechó de ella, pero trabajaba como agente en alguna organización. Ella y su marido... Su

misión era liquidarles a los dos.

Stocker hizo una pausa para proseguir:

—El informe lo obtuve a última hora. Les llamé para prevenirles, pero Rita me informó que usted se había marchado. Entonces le advertí a ella de que tuviera cuidado con la Morgan... La Morgan debió sospechar algo y trató de matarla para que no pudiera hablar. Afortunadamente no estaban ustedes solos...

Y al decir esto Parrish indicó el ventanal que comunicaba con una terraza, desde la cual era fácil ascender a la azotea.

—Un hombre estaba apostado ahí. Lleva un transmisor. Le vio a usted salir e informó. Le pedí que no se moviera de la terraza. Ese hombre vio toda la escena y cuando la Morgan sacó su revólver para disparar contra Rita intervino el agente. La Morgan tuvo tiempo de disparar, pero solo consiguió herir a Rita. El agente es más experto y acabó con la maldita intrusa. Hubiera sido mejor dejarla viva para que pudiera confesar y explicarnos quiénes eran sus jefes, pero bastante hizo con salvar a Rita de una muerte segura... Aunque ahora queda el presunto marido; el falso o auténtico señor Morgan ha desaparecido...

—Si ha sucedido así, Parrish, la policía puede descubrir la verdad... Se han disparado revólveres distintos... El cadáver de la Morgan, ha debido ser arrastrado hacia la puerta.

Parrish hizo una mueca como si tratara de sonreír.

—Ya le he dicho que esto corre a cargo de la embajada. Hubiéramos preferido pasar inadvertidos, pero no ha podido ser... Ya le he dicho que nos enfrentamos con gente muy lista. Se nos anticipan...

—Eso no le será tan difícil de averiguar, Parrish. Me refiero a los jefes de los Morgan.

—¿Usted cree? —Parrish se mostró escéptico.

—¿Quién sabía que Rita y yo íbamos a instalarnos aquí?

Por unos instantes Parrish quedó pensativo.

—Esto desde luego fue llevado en el más alto secreto. No obstante el registro de la embajada lleva una lista con las direcciones de sus funcionarios y usted está inscrito en ella.

—Con vigilar a las personas que tienen acceso a esta lista...

—Es un buen consejo —repuso Parrish secamente.

—No pretendía enseñarle su oficio...

—Lo supongo, pero para su buen gobierno quiero que sepa que uno de los funcionarios de la embajada es amigo de un conocido suyo... de usted, Stocker.

—No conozco a nadie en París —repuso Sidney.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Se llama Paul Sarko. Era el piloto del helicóptero que se interpuso

entre usted y los dos agentes que le seguían para protegerle.

—Yo no le dije que aquel hombre fuera mi amigo, Parrish —repuso Sidney secamente—. Y no quiero volver a oír insinuaciones sobre este asunto.

—Bien... Por si le interesa, le diré que el tal Sarko es diplomático, adjunto a la embajada británica, y disfruta de ciertas prerrogativas. Su origen es indio, aunque particularmente hay cosas que me parecen un tanto oscuras respecto a él. Tiene muchas y poderosas amistades. Entra y sale con frecuencia de los despachos. Posee un extraordinario poder para captar amigos... En fin, si usted no le conoce, tenga cuidado... ¡Ah! Por supuesto tendrán que cambiar de residencia. Discretamente haré vigilar la casa. Se lo digo sinceramente, Stocker, de buena gana le sustituiría, pero ya no hay tiempo. Pasado mañana quiero un informe de sus actividades. Quiero un estudio previo de su plan de acción para el día doce. Recuerde que tiene carta blanca. Usted distribuirá a la gente y actuará de la forma más conveniente para salvaguardar la vida del personaje que esperamos. Nada más

Sidney confirmó la primera impresión que había sentido al hablar con Parrish la primera vez. Aquel hombre le resultaba particularmente antipático, pero sin duda debía ser eficiente y si Rita estaba viva era gracias a él...

Asomó a la terraza y discretamente miró hacia arriba. Por encima del alero del terrado creyó advertir una sombra, luego asomó la cabeza de un hombre.

Al menos podía sentirse tranquilo, estaba vigilado...

Y no solo por el terrado, también en la calle, un tipo con aspecto de vagabundo. Pensó que debía ser otro agente.

Miró hacia la otra esquina y vio un automóvil detenido. Alguien debía estar dentro, vigilando.

Pensó que quizá no era muy discreto, pero sí efectivo. Se volvió a la habitación, Rita dormía plácidamente. Se dirigió hacia el sofá y decidió descansar. Lo necesitaba. No obstante lo hizo sin desnudarse, se quitó la chaqueta y la corbata y se tumbó apagando la luz. Únicamente la claridad exterior de una noche de luna permitía que un tenue resplandor se colara a través de los cristales.

Antes de dormirse pensó en lo sucedido: en la Morgan, en el fallo de Rita al no sospechar... Pensó también en otras cosas, en Paul Sarko por ejemplo y en lo que le había dicho Parrish:

«—Tiene acceso en todos los despachos... tiene muchos amigos.»

Y... siguió pensando.

CAPÍTULO IX

—¿Periodista? —preguntó el director de la compañía de urgencias: «Domeni a vótre service»—. Ya hemos informado a la policía, señor...

Paul Sarko frunció el ceño.

—¿La policía? Creí que había obtenido una información de primera mano.

—No le entiendo, señor... ¿Para qué periódico trabaja?

—Para una agencia de noticias inglesa —mintió Paul—. Y lo cierto es que recibí una llamada diciendo que alguien había visto una furgoneta delante de la casa que voló. Una de sus furgonetas... Pensé que la policía no sabía nada de esto.

—Mire, señor... Nosotros no tenemos ninguna razón para ocultar nada a la prensa, pero este asunto se lleva con mucha discreción... Ignoro los motivos, pero es así...

—Bien... Si la policía conoce la existencia de esa furgoneta no veo razón para que la prensa no pueda estar informada.

—Tenemos orden de no dar explicaciones.

—Les prometo la máxima discreción, señor...

—Lo siento...

—Bien, en tal caso tendré que informar a mi agencia de que la Compañía Domeni se niega a hablar del asunto...

—Por favor, señor... Nosotros no tenemos nada que ver... La furgoneta nos fue sustraída y la descripción del empleado no concuerda con ninguno de nuestros técnicos.

—¿De modo que tienen la descripción del empleado?

—Sí. Al menos es lo que dijo el inspector que vino a interrogarme... Mire usted, señor, este asunto es muy desagradable para nosotros... ¿Cómo puede alguien suponer que una compañía sería como la nuestra que su única razón de ser es prestar un buen servicio a los que lo necesitan... pueda estar implicada en algo tan monstruoso?

—Por supuesto, señor. Y descuide. No mencionaré su nombre para nada. Si la policía opina que el asunto debe mantenerse secreto, así será... Los ingleses somos unos fieles cumplidores de las leyes establecidas —y Paul Sarko salió de la casa con una amplia sonrisa y su hálito de exquisita cortesía.

Pero Paul ya no fue tan cortés cuando media hora más tarde se hallaba en la habitación de Minerva a la que pilló con una leve tentación por toda vestimenta y el periódico abierto en la sección de demandas.

—Solo pudiste ser tú, Minerva. Nadie había mencionado la furgoneta...

Únicamente tú la viste... ¿Por qué diablos tuviste que informar a la policía?

—Está bien —repuso Minerva vencida—. Fui yo... Pero no temas, lo hice de forma anónima y desde un teléfono público... Dije que alrededor de las seis había visto esa furgoneta delante de la casa de Deveraux...

—Y quedaste muy tranquila...

—Tenía que hacerlo, Paul... Aun estando tú a mi lado quizá lo hubiese pensado... pero no podía borrar de mi mente aquella terrible escena...

—Pero tú no tuviste ninguna culpa.

—Todavía no lo sé... ¡Dios mío! Yo vi la furgoneta... Si entonces hubiéramos avisado...

—¿A quién...? —cortó Sarko rápidamente.

—No sé, Paul... Pero tengo la sensación de haber podido evitar esa muerte.

—Mira, Minerva, ni tú, ni yo sabíamos lo que iba a ocurrir... Era imprevisible.

Paul pensaba que hasta cierto punto es absurdo matar de forma tan aparatosa a un agente secreto. Era casi como un anuncio. Algo para que pudiera enterarse todo el mundo y si, al fin y al cabo, lo que se pretendía era evitar que pudiera cumplir su misión, esperando hasta el último momento bastaba, ya que para los asesinos, el único fin era matar al rey Mohaim, lo demás eran los medios. Claro que si Deveraux había descubierto algo...

Paul deshecho todos sus pensamientos para volver sobre la conversación:

—Te dije que Deveraux era un agente de la CIA. Él tenía medios para prevenir. Si no lo hizo fue porque le cogieron por sorpresa. No. Yo tampoco podía imaginar que eso ocurriera y tú menos todavía... No tengas remordimientos.

—Quisiera que el culpable pagara...

—Te sentiste más tranquila llamando a la policía —le dijo él, sonriendo.

—¿Estás enojado?

—No. Ya no. En el fondo, ¿quién sabe? Puede que sea mejor así...

—Pero... ¿qué se esconde detrás de todo esto, Paul? ¿Por qué no puedes decírmelo?

—Porque está en juego la vida de una persona... Puede que de muchas personas, aunque para mí, la más importante sea una sola. Es una misión que debo cumplir. La única que no puedo fallar. Adiós...

—Espera. No te vayas... Podemos comer juntos, prepararé algo.

—Ahora no puedo. Tengo que ver a alguien.

—¿Volverás?

—Lo intentaré.

Ella se aproximó y Paul no pudo resistir la tentación de besarla. Luego

decidió retrasar un poco más lo que tenía pensado hacer y se quedó un rato con aquella maravillosa mujer. Estaba realmente encantadora...

Claro que Paul no se quedó para comer. La chica era más importante en aquellos momentos.

* * *

Sidney había almorzado con Norma Deveraux, la viuda del agente asesinado.

Habían estado hablando sobre lo ocurrido. Norma sabía poco.

—Me dijo que volvería pronto. El tiempo de ir y volver. Un par de horas. No le hice preguntas. Comprendí que se trataba de alguna cosa relacionada con el servicio... Y en esto jamás me meto... Bueno, quiero decir que jamás preguntaba —su voz se quebró, pero pudo continuar—: Le di... un beso sin sospechar que iba a ser el último... ¡Dios mío...!

—Por favor, Norma... Lamento tener que recordarte todo esto tan desagradable, pero quiero encontrar al causante de ese asesinato... Quizá él te dijo algo...

—Únicamente conocía la misión. La protección de ese rey...

—¿Te dijo que alguien pensaba matarle?

—Sí... Me habló de agentes falsos, de asesinos mezclados entre los agentes de protección. Sé que trabajaba arduamente en descubrirlos.

—¿Te dijo si había descubierto algo?

Norma Deveraux negó con la cabeza.

—Tuvieron que matarle porque sospechaba de alguien... Si pudieses recordar algún detalle...

—No la atosigues, Sid —dijo entonces una voz.

Era Paul, acababa de asomar por el reservado que ocupaban Sidney y la viuda.

—Lamento llegar tarde.

—¿Cómo sabías que estábamos aquí? —inquirió el agente.

—Por la señora Deveraux.

—¡Ah!

—Me llamó antes —repuso la viuda.

—Nos vimos un par de veces —adujo Paul saludando con una leve inclinación de cabeza a Norma—. Ella sabe que yo traté de ayudar a su marido. Lamento no haber podido llegar hasta el final.

—Siéntese, señor Sarko —pidió la viuda y en cuanto Paul se hubo sentado, añadió—: Él nos habló de usted y mi marido estaba entusiasmado con la idea de trabajar a su lado. Dijo que le había ayudado en un par de casos y que se sentiría más tranquilo teniendo a alguien en quien confiar...

—¿Le dijo esto exactamente? —atajó Paul que había captado perfectamente las últimas palabras de Norma—. Me refiero a «alguien en

quien confiar».

—Sí. Es cierto que lo dijo —murmuró ella dándose cuenta del alcance de tales palabras.

—Eso quiere decir que dudaba de alguien... quizá de dentro —adujo Sidney Stocker.

—Bueno, en esa profesión hay que dudar de todo el mundo...

—Paul... Tú conoces a Parrish y al personal... ¿Te merece absoluta confianza?

—No tengo pruebas en contra de nadie, pero tampoco me fío, por eso pedí a los mejores. Deveraux era el número uno, pero yo te quería también a ti, pensé que con este equipo nada podía fallar. Ahora estamos solos...

—Mañana tengo que presentar un informe a Parrish. Quiero un plan de actuación. Tengo que ir al aeropuerto y trazar un esbozo...

—Yo te daré ese plan, amigo. Luego hablaremos... Perdona, señora, ahora Sidney y yo tenemos que trabajar. Dadas las circunstancias no podemos acompañarla. Es mejor que no nos vean juntos.

—Por supuesto.

Poco después los dos amigos se alejaban. Cada cual subió a su automóvil.

Momentos antes, Paul se había fijado en un camarero de rasgos peculiares, fue una mirada fugaz.

Quizá ahora que ya había puesto en marcha su coche le hubiese gustado ver al camarero llamando por teléfono a alguien al que dijo simplemente:

—Se han reunido los tres... Sí... Los hombres acaban de marcharse por separado... De acuerdo.

CAPÍTULO X

Posiblemente al camarero que acababa de llamar por teléfono también le hubiese gustado ver a la sombra que acababa de entrar por la puerta lateral del restaurante de las afueras. Una puerta destinada al servicio.

El camarero iba a pasar del comedor a la cocina cruzando el breve paso por donde surgió la sombra. No pudo hacer nada para evitar que se le echara encima.

Una mano poderosa le impidió gritar tapándole la boca, mientras un puño duro y compacto se le hundía en los riñones con tal fuerza que a punto estuvo de desmayarse.

Se vio arrastrado hasta un cuarto-almacén que olía a vino, a alcohol almacenado. Allí, cuando su atacante le soltó tras cerrar la puerta por dentro, pudo reconocerle: era Paul Sarko que se había limitado a dar la vuelta al parque del restaurante para entrar por aquella puerta. Y Paul, en su brevísima marcha, había tenido tiempo de ver cómo el camarero del rostro peculiar colgaba el teléfono.

Ahora su pregunta fue tan contundente como el nuevo golpe con que amenazaba obsequiarle.

—¿A quién has llamado por teléfono?

—Yo... No comprendo...

—Desde que he entrado no me has sacado la vista de encima... Tenías una especial atención por la mesa que ocupaba con mis amigos. No lo niegues.

—Bueno, yo...

Paul le golpeó en la boca del estómago. El tremendo impacto le hizo doblarse.

—Ni tengo tiempo ni paciencia, amigo. Quiero la verdad. El nombre de quien te ordenó que espieras. Esto o... —un nuevo golpe al mismo sitio le dejó con la boca abierta y unas tremendas náuseas.

—Puedo matarte, y lo haré impunemente. No tendría el menor remordimiento en hacerlo. Este es un juego de muerte. Los débiles caen... Y tú eres muy débil —y Paul sacó un cuchillo finísimo, delgado, algo parecido a un estilete, pero extremadamente duro y eficaz. Apuntó al cuello del camarero.

—¿Quieres ver el color de tu propia sangre?

—¡No, no! Por Dios... Me... me pagaron por ello, para que les vigilara.

—¿Quién?

—Una persona... Vino a verme a casa. Me dio mil francos, dijo que me daría otros mil si le informaba.

—¿Informar de qué?
—Me dijo que iría una mujer.
—¿Y cómo tenías que reconocerla?
—Me dio el nombre y una fotografía suya. No fue difícil reconocerla.
—¿Y qué más te pidieron?
—Que... informará de quiénes se reunían con ella... —y ante la ligera presión que Paul hizo con el estilete el camarero añadió—: Y que escuchara lo que hablaban...
—¿Y has informado por teléfono de todo?
—Solo he dicho que la señora se había reunido con dos... caballeros.
—¿Y lo que hemos hablado?
—Dijo que se lo contaría esta noche cuando viniera a pagarme el resto de lo convenido.
—Describeme a esa persona.
—Era un hombre... más bien delgado. Tenía un aspecto...; bueno, es difícil describirlo. Le atendí en la escalera y había poca luz. Me... me llamó antes por teléfono y me dijo que saliera a la calle, me habló de los mil francos y acepté. No es fácil ganar algún dinero en estos tiempos... Dinero extra.
—Bien, amigo... Dame tus señas y esta noche puede que consigas mucho más dinero del que te prometió el de los mil francos...
—No me ocurrirá nada, ¿verdad? Al fin y al cabo, no es nada malo lo que he hecho... Hay gente que se dedica a vigilar a los demás.
—Los detectives, pero actúan de otra manera... Hasta esta noche, amigo... Anótame tus señas y no trates de engañarme porque lo comprobaré.
—¿Dice que va a darme dinero...?
—Depende, amigo, depende... —sonrió Paul y poco después, conseguidas las señas del sirviente, salió por donde había entrado.

* * *

El lugar podía tener mucho de peliculesco, pero a Paul se le antojó tranquilo y, sobre todo, seguro. El lugar era lo alto de una de las torres de Nôtre Dame.

Paul y Sidney estaban hablando sobre lo ocurrido en el restaurante y concluyó:

—Esta noche tenemos una cita que puede ser definitiva.
—¿Estás seguro de que el camarero no se pondrá en contacto con su cómplice? Habría sido mejor avisar a alguien que le mantuviera vigilado.
Paul amplió su sonrisa.
—Quedamos en no fiarnos de nadie, Sid.
—No es fácil luchar contra toda una organización.

—A veces, hay cosas que se pueden simplificar —y Paul Sarko hizo como si consultara su reloj, pero lo que manipuló en realidad fue un dispositivo y a través de un receptor prácticamente invisible escuchó un silbido. A continuación un ruido bastante nítido y algunas voces. El ruido se hizo más audible y el agente americano creyó reconocerlo:

—Platos...

—Aciertas...

—Parece una cocina... Hay gente que está hablando...

—Camareros —aclaró Sarko.

—¡Cielos! ¿Cómo lo has conseguido?

—Es un reloj especial. Muy especial. Idea japonesa. Me costó bastante caro.

—Pero ese hombre puede darse cuenta de que le has colocado un micro...

—¿Un micro?

—O lo que sea...

—Bueno, en realidad es algo que hace las veces de micrófono... Una especie de mota, algo tan diminuto como la partícula de un microfilm. Es adherente. Se pega con suma facilidad y no se nota en absoluto, a lo sumo puede tomarse como una mancha diminuta. Mira. ¿Ves?

Pulsó otro botoncito del reloj y se abrió un resorte dentro del cual podían verse un puñado de pequeñas motas, como cristales delgados. Bastaba aproximar la yema del dedo para llevarse una.

—Tienen una sensibilidad extraordinaria y un radio de acción de diez kilómetros que puede aumentar según las condiciones... A medida que el micrófono se acerca un dispositivo lo indica y así más o menos puede calcularse la distancia con un margen de error de cero a doscientos metros. Ahora estamos cerca del límite, así que tendremos que despedirnos aquí. Y esta noche a las diez a la cita. Yo me encargaré de todo. Tú cúbreme las espaldas...

—No, Paul. Eso lo haré yo. Necesito entrar en acción.

—De acuerdo. Estaré cerca de ti. Bien, repasemos el plano.

Durante unos minutos señalaron las posiciones que tomarían en derredor de la casa del camarero, con la esperanza de atrapar una pieza clave que les llevara a descubrir al jefe de la organización, o, al menos, lo más cerca posible de él.

Cuando hubieron terminado Sidney habló del plan a seguir en el aeropuerto de Orly a la llegada del rey.

—Sí. Ahora hablaremos de esto —pero un zumbido es el reloj-receptor le hizo cambiar de opinión.

—¿Qué pasa?

—El camarero. Se aleja... No puedo dejarle suelto... Esta noche seguiremos hablando... si es que todavía es necesario —y auscultando el

ruido añadió—: Le he perdido. Tengo que irme.

Paul Sarko corrió para no perder el contacto con el camarero.

CAPÍTULO XI

Después de haber recorrido un kilómetro había vuelto a localizar al camarero. Por el ruido comprendió que iba en una moto. El mismo dispositivo le indicó la dirección. Iba hacia el norte.

Paul Sarko siguió la ruta comprobando que estaba ganando kilómetros. El zumbido indicaba que se hallaba ahora más cerca.

—Está describiendo un círculo —dijo en voz alta—. Se diría que viene en dirección hacia aquí. Bien. Será mejor esperar.

El zumbido quedó estabilizado como si el camarero se hubiese detenido. Tampoco escuchaba el ruido característico de la motocicleta. Al cabo de una corta espera escuchó la voz:

—¿Le lleno el depósito?

—Sí, llénelo, por favor. ¿Puedo telefonear?

—Pase dentro, en el bar...

Estaba claro. El camarero se hallaba en una gasolinera. Lo importante podía ser aquella conversación telefónica que Paul Sarko estaba en perfectas condiciones de escuchar.

El característico sonido del disco telefónico al girar se oyó con toda nitidez. Luego la espera y la voz femenina:

—Brigitte... Soy yo.

—Roger.

—Sí.

—¿De dónde llamas?

—Eso no importa. Solo quiero decirte que no me esperes esta noche...

—¿Es por el asunto de que me hablaste?

—Sí, pero hay algo más. Ya te lo contaré.

—¿Algo más?

—Sí. Puedo ganar bastante dinero.

—No acaba de gustarme esto, Roger.

—Bueno, no pongas pegas.

—Dijiste que nos veríamos.

—¡No puede ser! Quizá el asunto se alargue. Espero otra visita. Sacaré partido de los dos. ¡Je! No soy ningún idiota y en cuanto pasa la oportunidad no la dejo escapar...

—Ten cuidado.

—¡Bah! Ya he tomado mis medidas...

Siguieron hablando algún tiempo más. Roger, el camarero, contó sus planes. Paul Sarko estaba tomando unas notas, hacía unas comprobaciones y establecía un número.

Sí, por la duración de la vuelta del disco podía aproximarse bastante al número que el camarero había marcado. Luego cuando su espiado colgó decidió que ya no valía la pena ocuparse de él. Conocía perfectamente lo que iba a hacer hasta las diez de la noche... Y mientras a él le quedaba tiempo para cuidar de otros detalles.

* * *

Sidney había regresado a su apartamento que continuaba vigilado. Encontró a Rita viendo la televisión y con cierta impaciencia en el rostro.

—Has tardado. El viejo ha llamado dos veces.

—¿Qué quería?

—Hablar contigo, claro.

—Está bien, utilizaré el número de emergencias.

—No. Eso no. Se pondría más furioso. Ha preguntado dónde estabas.

—¿Y qué le has dicho?

—¡Que no lo sabía! Si le hubiese dicho que te habías reunido con la viuda Deveraux habría saltado como un energúmeno. Ya te dijo que no te cuidaras de esto.

—Yo hago las cosas a mi modo. Hasta el momento no se me puede imputar ningún fracaso. —Pensó en la herida de la muchacha que lucía el aparatoso vendaje y preguntó—: A propósito, ¿cómo te encuentras?

—Mucho mejor. El brazo no me duele nada. Pero ya sabes que tenemos que marcharnos de aquí. Empezaba a tomarle cariño a ese apartamento.

—¿Después de lo sucedido...?

—¿Has pensado algo?

—Sí. No he visitado solo a Norma. Ya he elegido un sitio, y como nadie me ha seguido no será fácil que nos encuentren.

—¿Dónde?

—Sorpresa.

—Pero al viejo tendrás que decírselo.

—¿Es necesario?

—¡Es el jefe! Me parece que te tomas todo esto como un juego.

—¿Después de dos asesinatos? No, amiguita. Me lo tomo muy en serio.

—¿Dos asesinatos?

—Bueno... Uno y un intento. Iban a matarte. ¿No recuerdas?

—Cuando vi a aquella mujer sacar la pistola del bolso... De veras pensé que ya no volvería a verte —lo dijo asustada de veras.

—Fingiste muy bien cuando contaste a la policía lo de la mujer que había llamado.

—¡No sabía qué decir...! Los nervios eran auténticos. Estaba nerviosa y temblaba todavía... Si Parrish hubiera llegado antes...

—Te portaste bien de todos modos. Bueno, nos llevaremos lo necesario.

El resto del equipaje lo dejaremos aquí. Ya habrá ocasión de venir a por él.

—¿Y si Parrish llama otra vez?

—No puedo esperarle. Es mejor salir cuanto antes.

—Avisa por lo menos a los agentes. Al de la azotea.

—No pienso avisar a nadie.

—Pero si ocurre algo...

—No ocurrirá nada. Confía en mí.

—Está bien, jefe... Yo ya metí la pata una vez. Espero que ahora tengamos más suerte.

—La tendremos...

El teléfono les interrumpió.

—¡El viejo! —exclamó ella.

Pero no. No era Parrish. Era la voz de Paul Sarko.

—Escucha atentamente, no digas nada, así te ahorras explicaciones...

—Diga —preguntó de nuevo Sidney captando perfectamente la idea de su amigo.

—Necesito que pidas datos sobre un tal Domeni. Es el dueño de las Reparaciones Urgentes. Ya me dirás algo.

—Diga —insistió Sidney, fingiendo no oír bien.

—He terminado. Suerte —repuso la voz de Sarko.

—No. Lo siento, se ha equivocado —adujo Sidney y colgó seguidamente.

—Esa llamada puede ser pata saber si estás en casa —advirtió Rita—. Debes avisar a los agentes.

—A los agentes les reuniré cuando me convenga para darles instrucciones. Ahora voy a arreglar lo necesario. Tú no. No te muevas.

—No, hombre. Si puedo moverme perfectamente —sonrió ella.

Y cuando hubieron terminado Sidney dio nuevas instrucciones:

—Nos marcharemos por separado. Tú tomarás un taxi. Yo el coche. Si tratan de seguirte, despíсталos. Es una orden...

—¡A mí todo el mundo me da órdenes!

—Soy tu jefe directo.

—Sí, pero el viejo.

—Yo me las entenderé con él. Asumo la responsabilidad... Escucha, no me encargaron un caso como este por mi ineptitud. No me las doy de listo, pero sé tomar mis propias iniciativas. Adiós, Te espero en la Torre.

Salió primero de la casa. Vio a los agentes y se dirigió al coche. Con una seña les indicó que no era necesario que le siguieran. Le obedecieron...

CAPÍTULO XII

Sidney estuvo fumando varios cigarrillos al pie de la torre Eiffel hasta que, por fin, se detuvo el taxi de Rita.

—Tuve que despistarlos. Frankie me seguía. A estas horas el viejo ya sabrá que nos hemos largado. En menudo lío vas a meterte.

—Yo sé lo que me hago.

—¿Y adónde vamos ahora?

—A tomar el Metro. Andando. ¡Ah! Primero tienes que hacer algo. Comunica con quien puedas y averigua si saben algo de un tal Domeni, el de las Reparaciones Urgentes. Tiene un establecimiento por la zona de la Course de la Domaine.

—¿Tengo que llamar ahora?

—Sí. Desde la cabina. Anda. Di que ya volverás a llamar para recoger la respuesta. Date prisa.

Cuando la muchacha hubo cumplido el encargo, se colgó del brazo del agente —el brazo bueno— y anduvieron hasta la escalera del metropolitano.

Emplearon algún tiempo efectuando trasbordos en las estaciones donde era posible hacerlos, hasta que Rita dio cuenta de su agotamiento:

—Hemos cambiado nueve veces de tren.

—Hay que estar seguros de que no nos siguen.

—¿Tu has visto a alguien?

—Yo no.

—Yo tampoco. Y te prometo que he estado atenta. No nos siguen.

—Entonces ya podemos salir a la calle.

—¡Oh! Ni siquiera sé dónde diablos estamos.

—En Pigalle.

—Hemos pasado media docena de veces por el mismo sitio... No me digas que vamos a vivir en Pigalle.

—Pues mira, no sería tan mal sitio... —sonrió él.

Salieron a la calle. Allí tomaron un taxi a cuyo conductor Sidney facilitó las señas.

Llegaron al fin a un barrio extremo, allí donde París pierde por completo su tradicional fisonomía.

—Esto no está mal —murmuró ella, pero se llevó una decepción porque el peregrinaje no había terminado y tomaron un autobús.

Eran las ocho de la tarde cuando la pareja se instaló en un estudio de Montmartre. Una buhardilla con ventana inclinada mirando hacia un laberinto de terrados. Una sola habitación con paredes multicolores y

manchas de pintura por lo que quedaba de parquet. Un cuarto para asearse y una misérrima mesa con capacidad justa para instalar un hornillo que tampoco existía. Por supuesto no había ni un mueble.

—Bueno... No es el Palace, ni el Negresco de Niza —sonrió ella.

—No. Pero nos traerán un par de colchones y un hornillo. Viviremos aquí como podamos hasta el día 12.

—No es la vivienda ideal para un agregado de Embajada.

—Oficialmente, mi vivienda seguirá siendo la que tú elegiste. Así constará en los edificios, pero estaremos aquí. Y esto solo lo sabremos tú y yo. ¿De acuerdo? Nada de irse de la lengua. Ni siquiera con el viejo.

Ella le miró fijamente y luego con toda gravedad le preguntó:

—¡Sidney! En serio... ¿Es que tampoco te fías de él?

—Bueno. Yo no he dicho esto.

—Parrish tiene un genio de todos los demonios. Es agrio, autoritario y se cree un superhombre, pero en el fondo cumple con su deber como tú.

—Y yo lo creo, pero la vida del hombre que debemos proteger es muy importante para mí.

—Es tan importante como puede serlo la honra de cumplir fielmente la misión.

—Quizá en este caso haya algo más.

—No te comprendo.

—Ya lo sabrás, Rita.

—Ahora resultará que tampoco confías en mí.

—En ti tengo que confiar puesto que sabes mi escondrijo.

—¿Qué tramas?

—Lo mejor para que la misión sea un éxito.

—Pero ¿con ayuda de quién...? —insistió ella.

—Me basto yo solo.

Tras un silencio ella murmuró:

—Yo no quiero que nada salga mal por mi culpa, pero opino que deberías confiar en Parrish. Él puede mover cualquier resorte... Si no hubiera puesto guardia en la otra casa yo ya estaría muerta.

Llamaron. Era una mujer madura, pero aún conservaba reminiscencias de un pasado que debió ser esplendoroso en belleza. Ahora quería revivirlo con demasiada pintura en el rostro.

—Le traigo los colchones y el hornillo. Es todo lo que puedo facilitarle... ¡Ah! Y un par de sábanas limpias. En este tiempo no hace frío y no necesitarán mantas.

Dos hombres dejaron los colchones en el suelo. La patrona llevaba el hornillo. Sidney gratificó todo con una propina y uno de los hombres mirando a la pareja murmuró:

—¿Para qué diablos necesitan dos colchones?

—Para dormir más cómodos —repuso Sidney rápidamente. Luego al

quedarse solos añadió—: Telefonea para ver si han averiguado algo de Domeni. Hay un teléfono en la escalera.

Ella asintió mientras él aguardaba consultando el reloj. Las ocho y diez minutos. Le quedaba algún tiempo antes de marchar para reunirse con Paul Sarko.

Rita regresó cinco minutos más tarde.

—Tenías razón —dijo—. El nombre lo tienen anotado pero les faltan algunos datos. Mañana los tendrán. ¡Ah! El viejo anda furioso. Llámale al menos.

—Por supuesto —y ahora fue Sidney quien acudió al teléfono de la escalera.

Recordó el número de emergencias que había memorizado. La voz de Parrish surgió al otro lado como un trueno.

—¡Ya era hora!

—No me atrevía a llamarle a este número, pero Rita insistió tanto...

—¿Dónde diablos se ha metido, Sidney? ¡A qué está jugando!

—No me he metido en ninguna parte, señor. Estoy trabajando...

—Deme su nuevo domicilio.

—Oficialmente no he abandonado el viejo. Solo he alquilado un pequeño refugio. Aquí no me encontrarán.

—Quiero saber sus señas. No se crea tan listo. ¿Imagina que es el único agente?

—No grite tanto, Parrish, que si el teléfono estuviera intervenido, todo París sabría quién soy yo y cuál es mi misión... Escuche, si quiere hablar conmigo puedo reunirme con usted dentro de media hora en Pigalle. Hay un bar llamado Lumet, antes solía estar bastante concurrido...

—De acuerdo. Media hora —y Parrish colgó.

Poco después, Sidney se despedía de Rita:

—Decididamente no confías en mí.

—Si satisface tu curiosidad puedo decirte que tengo una cita con un camarero.

—No te creo.

—Allá tú. *Ciao* —y Sidney bajó rápidamente las cuatro plantas que le separaban de la calle. Fue directamente en busca de un taxi con el que se hizo conducir a la plaza Pigalle.

CAPÍTULO XIII

Como ya esperaba, Parrish no le recibió precisamente con flores.

—Creo que está llevando este asunto demasiado «a su modo», Sidney.

—Creí que tenía plenos poderes para ello.

—Sus poderes son para dirigir la operación, pero yo debo estar informado de todo. Es un trabajo delicado y peligroso, no sé si se ha dado cuenta de ello.

—Puede estar seguro de que sí.

—Bien. Dígame dónde está lo que usted llama su refugio.

—¿Es una orden?

Parrish le miró largamente y luego cambió su tono de voz.

Allí sentados en sendos taburetes ante la barra del mostrador, el viejo apuró su whisky y pidió otra ronda.

—No, Sidney. No es una orden. Podría exigírselo, pero en esta profesión cada hombre sabe lo que expone y lo que arriesga. Es lógico que todos adopten las precauciones que crean necesarias. No tiene usted que decirme dónde se alojará hasta el día D. Incluso puede permitirse dudar de mí que es lo que está haciendo, y no se lo reprocho. Yo también dudé de usted y busqué todo y en todas partes para tener una completa documentación sobre su persona... Un buen agente debe de dudar siempre y, aunque usted no forme parte de la plantilla profesional es un hombre que vale, pero todos, incluso yo, necesitamos consejos. A veces, hay que tomar decisiones drásticas con el peligro de equivocarnos, pero es así. Estamos solos. Quizá con un consejo a tiempo podríamos evitarnos el fracaso, pero no tenemos la persona adecuada...

Parrish se interrumpió para tomar un sorbo del nuevo whisky. Sidney apuró el suyo dejó que su jefe eventual continuara.

—El consejo que trato de darle es que no confíe en sus propias fuerzas. Ese fue el gran error de su amigo Deveraux.

Para Sidney la conversación estaba tomando un giro más interesante.

—Deveraux tampoco quería confiar en nadie, pero yo sé que había descubierto algo importante.

—¿Qué...?

—Si me lo hubiese dicho, probablemente ahora estaría vivo.

—¿No tenían su casa vigilada?

—Se negó a ello rotundamente. Le hice caso porque Deveraux había probado su experiencia y porque hasta poco antes de su muerte todo andaba sobre ruedas. Apenas nos comunicábamos, pero me constaba que nadie sospechaba de su verdadera labor. Naturalmente él intentaba

descubrir las infiltraciones y seguramente consiguió algo. Me preguntó unos datos, le dije a mi vez que le proporcionaría ayuda. Se negó otra vez... Y ya ve lo que sucedió.

—Pero ustedes habrán podido averiguar algo... —insinuó Sidney.

—Le sigue preocupando eso, ¿eh?

—Por supuesto.

—Aceptó para vengar a su amigo... Por eso yo no quería...

—No tema, Parrish. Cumpliré con mi deber. Salvaré la vida al invitado de los franceses, pero nadie me hará desistir de buscar al culpable del asesinato de Deveraux.

—Lo sé...

—Quizá le había juzgado mal, Parrish. Sabe usted ser comprensivo.

—Mire, Sidney. Usted vale, pero le falta aprender muchas cosas. Piense que a su amigo le mataron porque empezaba a saber demasiado... Ahora, y a pesar de todas las precauciones, a usted ya le conocen, pero le dejarán vivir si no se mete con ellos. Si empieza con averiguaciones y ellos se ven en peligro de ser descubiertos, como Deveraux.

—Pero sin descubrir a los traidores es más difícil proteger la vida del rey.

—Yo tengo mi propio plan, Sidney, pero me gustaría que fuera a usted a quien se le ocurriera algo.

—Oiga, Parrish... ¿Confía usted plenamente en la gente de su departamento? —soltó de pronto Sidney.

—Nunca me han fallado. Respondo plenamente. Han dado pruebas de su valía. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque si hay traidores o agentes infiltrados la CIA no tiene por qué estar libre de sospechas.

Parrish sonrió por primera vez y su respuesta dejó un tanto confuso al agente.

—Nadie ha dicho que lo estuviera, Sidney. Es más, puede que tengamos al enemigo en nuestra propia casa...

—Pero usted acaba de decir que responde de su gente.

—¡Alto! Mi gente —ratificó el viejo—. Nosotros formamos un grupo especial dentro de la organización. Los otros, los que tienen a su cargo la vigilancia oficial, no pertenecen a nuestro grupo.

—Si se sospecha de ese otro grupo, ¿por qué no se cambia a los agentes en el último momento? —inquirió Sidney.

—¿Y cómo estaríamos seguros que en la nueva remesa no figuraba un asesino profesional?

—Es un círculo vicioso. Los unos sospechando de los otros...

—Inevitable. Pero conmigo está la élite. ¿Me entiende, Sidney? Y no fallaré. Sería la primera vez en mi vida, y soy muy exigente conmigo mismo —y ahora había vuelto a recobrar su tono habitual. Se despidió de

Sidney que, a su vez, preguntó:

—¿Por qué quería hablar conmigo, Parrish? Sospecho que nos hemos ido de la cuestión.

—Quería recordarle que sería mejor que mantuviera las espaldas guardadas, pero no quiero insistir. Trabaje a su manera. De todos modos esa misión no fallará. —y la seguridad del viejo no podía ser más absoluta.

Sidney pensó en sus palabras y luego consultando el reloj se dijo que ya era hora de reunirse con Paul Sarko.

Aquella podía ser una noche decisiva.

CAPÍTULO XIV

Faltaban quince minutos para las diez de la noche cuando Sidney advirtió que alguien le llamaba desde el interior de un taxi.

Sonrió al ver que el conductor, con gorra y todo, era el propio Paul Sarko.

—¿Taxi, señor?

Sidney se metió en el vehículo como si fuera un pasajero y Paul lo puso en marcha.

—He conseguido que me lo prestaran. Me ha costado bastante más que una carrera, pero valía la pena.

—No nos alejemos mucho. Es ya cerca de la hora.

—Hay un ligero cambio de planes.

—¿Qué pasa?

Paul explicó la conversación captada a través del micrófono.

—Nuestro amigo el camarero no quiere correr riesgos y aseguró a cierta dama a la que telefoneó que permanecería lejos de su morada hasta la hora en que debía de entrevistarse con la persona que le ordenó espiarnos. Si hay jaleo no quiere estar en medio...

—Faltan diez minutos —repuso Sidney.

Paul Sarko dio la vuelta para aproximarse nueva mente a la entrada de la casa que estaban vigilando. No había tránsito y era perfectamente fácil fijarse en las personas.

El portal de la casa, del camarero estaba cerca de una esquina, como a unos diez metros de una pequeña plazoleta. Por el otro lado había un trecho mayor, cincuenta o sesenta metros aproximadamente hasta la boca de un Metro. La hora se acercaba, corrían los segundos, los minutos.

Al fin, en el reloj de Paul Sarko las agujas anunciaron las diez, un zumbido advertía de la proximidad del camarero.

—Nunca ha estado demasiado lejos... Seguramente en un bar a trescientos metros de aquí. Ahora se aproxima. Seguramente va a pie —dijo Sarko.

—Voy a situarme en la escalera. Detrás de la puerta —dijo Sidney.

—De acuerdo. No perderé de vista el portal. Es el único sitio por donde se puede entrar. No hay más puertas. ¡Cuidado! Se está acercando.

Sidney Stocker penetró en el portal y se situó detrás de una de las dos puertas de maciza madera.

Roger llegó a la plazoleta, exactamente por el lado que Paul Sarko había calculado.

Al ir a enfilar la calle optó por quedarse en la esquina después de

observar que no había nadie, excepto los coches aparcados, incluido el taxi.

Paul bajó la visera de la gorra y le observó en medio de la oscuridad. El camarero no podía verle y siguió aguardando como si esperara de un momento a otro ver aparecer a la persona que debía venir.

La mirada del hombre se volvió hacia el taxi y como si hubiese adivinado la presencia del chófer avanzó hacia allí con paso lento.

Sidney, por su parte, asomó ligeramente, comprobando que en aquel momento Roger, el camarero, estaba absolutamente solo en la calle y ya cerca del taxi.

El único ruido sobre los adoquines de la calle lo producían los pasos del camarero que inclinó la cabeza tratando de descubrir quién había en el interior del coche.

Fue en aquel momento cuando sonó el chasquido.

El ruido apenas había sido audible, solo un experto hubiera sido capaz de adivinar que alguien acababa de disparar desde algún lugar con un arma provista de silenciador.

El tirador debía ser excelente porque acertó plenamente el blanco.

Roger, el camarero, fue, tal vez, el último en comprender la verdad, porque la bala le había alcanzado el rostro y era improbable que hubiese tenido tiempo de darse cuenta de nada. La herida era mortal de necesidad.

Se desplomó. Quedó junto al taxi.

Sidney salió apresuradamente y Paul le advirtió:

—¡Cuidado! No te quedes ahí.

Pero era evidente de que el francotirador ya había cumplido con su misión y no iba a utilizar de nuevo su arma.

Sidney alcanzó la acera y se pegó junto a la pared. Como no se había producido ninguna detención, la calle seguía conservando la calma y el silencio. Solo el cuerpo de Roger indicaba la anormalidad.

—Por ahí —indicó Sarko señalando un lugar en las alturas—. Han tenido que dispararle desde uno de aquellos pisos —indicó la plazoleta y Sidney dejó toda precaución para observar uno de los terrados. Las casas en aquella parte eran bajas, dos plantas. El terrado quedaba a la altura de un tercer piso.

—¡Ahí va alguien! —exclamó Sidney al descubrir una sombra, y echó a correr hacia un portal próximo.

—¡Cuidado, Sid! —advirtió Paul Sarko y puso en marcha el coche para detenerse unos cincuenta metros más adelante pasada la plazoleta tras doblar la esquina. Salió del auto cuando Sidney entraba ya en un portal y subía la escalera.

Sarko intentó seguir la ruta del fugitivo, pero le perdió de vista y buscó otro portal con ánimo de cortar el paso al asesino.

Cuando Sarko llegó al terrado pudo ver perfectamente cómo Sidney

seguía en dirección opuesta, saltando de casa en casa. La similitud de alturas le facilitaba aquella carrera de obstáculos.

Sarko observó la situación y cortó por los terrados vecinos de la parte de más abajo.

Ambos hombres sabían que perseguían a una sombra real que se había perdido de vista entre el laberinto que formaban las chimeneas y los cuartos trasteros de los tejados.

Por fin, ambos hombres se encontraron cuando ya no quedaban terrados para saltar.

—¡No puede haber desaparecido! —exclamó Sidney contrariado.

—Habrá salido por alguna puerta —repuso Paul Sarko y su compañero advirtió que una de las puertas próximas se hallaba abierta.

—Tal vez por ahí —y se lanzó hacia la escalera sin dudarlo ni un solo momento.

Sarko optó por observar desde lo alto y no tardó en ver aparecer una sombra que salía del portal de la casa y cruzaba la calle en dirección a un coche negro al que subió.

Sarko sacó un revólver mientras el automóvil se poma en marcha.

Sidney salió a la calle y Sarko desde lo alto gritó:

—¡En aquel coche! ¡Espera! —Y Sarko apuntó.

El auto maniobró rápidamente hacia atrás. Sidney estaba muy cerca y tuvo que saltar hacia un lado para no ser alcanzado.

Desde el coche alguien disparó contra él, pero no demostró la misma puntería que cuando lo había hecho contra Roger, o, tal vez, no era la misma mano la que disparó el arma esta vez sin silenciador.

Sarko no pudo disparar, primero, para no herir a su amigo y, segundo, por la brusca maniobra del coche, pero Sidney demostró una extraordinaria habilidad con las armas, y sacando del sobaco su pistola reglamentaria disparó sin apenas apuntar. El coche negro que había recogido al asesino doblaba ya la esquina, pero la bala alcanzó su rueda trasera. Los frenos chirriaron, pero el auto siguió su marcha.

Veloz y ágil, Sidney corrió hacia el taxi, para empezar la persecución y lo hizo antes de que saliera Sarko del portal, cuando el estampido de los disparos hizo aparecer a la gente.

Sarko se alejó rápidamente hasta encontrar un medio que le permitiera la huida, una motocicleta. La tomó prestada y se lanzó tras Sidney.

Ambos sabían que no podían dejar escapar aquella ocasión y se habían lanzado en desesperada carrera.

CAPÍTULO XV

Las estrechas y laberínticas calles del sector favorecieron la huida del asesino y su acompañante, que, indudablemente, conocían mejor el terreno que Sidney que, si bien tenía una notable idea de la ciudad, no alcanzaba a saberse de memoria todos los barrios y las correspondientes direcciones de las mismas.

Sarko era más experto y la motocicleta le facilitaba el poder circular por entre tanta tortuosidad.

El auto perseguido se había metido repentinamente por un pasaje sin aparente salida, pero enseguida penetró por el portalón de un almacén cuya puerta se cerró de inmediato.

Sarko, que había adelantado al taxi conducido por su amigo, al darse cuenta de la imposibilidad de abrir la puerta que los perseguidos, sin duda, habían cerrado para ganar tiempo, gritó:

—¡Sigue! ¡Sigue por la otra calle! —Y Sidney, que se había detenido a la entrada del callejón, obedeció a su amigo y aceleró calle abajo.

Cuando pudieron comprobar que el almacén tenía otra salida, el coche negro había tomado considerable ventaja.

Sarko volvió a adelantar a Sidney y llegó, por fin, a una calle ancha. El auto había desaparecido, pero guiado por su intuición escogió una de las cuatro direcciones. Sidney hizo lo propio. Al llegar a una esquina vieron de nuevo el coche negro. Estaba detenido. Sarko frenó lentamente.

Aquello no le gustaba.

Dejó la moto junto a la pared y se aproximó al taxi:

—Puede ser una trampa. Seguiremos a pie.

—No. Conduciré agachado, despacio. Sígueme a pie, detrás. Y ve con cuidado —repuso Sidney.

Se agachó y condujo lentamente, sin mirar, en línea recta. Sarko seguía a pie detrás, pegado al coche y con los sentidos en tensión.

Vio una tenue llamarada que le hizo comprender la verdad. ¡Estaban cerca, demasiado cerca!

—¡Cuidado, Sid! ¡Salta! —gritó.

Instintivamente guiado por el buen olfato de su amigo, el americano saltó al tiempo que se producía la tremenda explosión.

El coche negro saltaba hecho pedazos.

* * *

Sidney y Sarko regresaban en el taxi. Quien conducía era el segundo. El

agente se había producido un pequeño rasguño al saltar. Ahora ambos estaban lejos del lugar de la explosión y a lo lejos el silencio había sido roto por el insistente y característico claxon de los coches de la policía francesa.

Era inútil buscar a los fugitivos. Habían tenido tiempo de huir por cualquier parte, seguramente cambiando de coche.

—Mataron a Roger para que no pudiera identificar al hombre que le pagó para que nos espíara —dijo Sarko—. Esto está claro, pero hay un par de cosas a tener en cuenta, Sid...

—¿Qué cosas?

—Pues que salta a la vista que no han querido matarte a ti. El asesino demostró una puntería impecable. Seguramente disparó con un arma provista de mira telescópica, pero aun así acertó a la primera; a ti, aunque disparara otra persona te veía más cerca, casi a quemarropa...

—¿Qué puede significar esto? —se preguntó Sidney a sí mismo.

—Que de momento quieren conservarte vivo, y me gustaría saber el porqué.

—Y a mí... Pero hablaste de otra cosa a tener en cuenta.

—Sí... En el terrado me di cuenta de algo... Tú no estabas herido, ¿verdad?

—¿Yo, herido? No, por supuesto. ¿Por qué?

—Porque había sangre en el suelo del terrado, gotas de sangre recién caídas.

—¡Del asesino!

—Solo estábamos tú y yo... Y la persona a la que perseguíamos.

—Pero esto significaría que el asesino estaba herido...

—Parece evidente —repuso Sarko, deteniendo el taxi.

—De todos modos hemos perdido una excelente oportunidad. No se presentará otra como esta... Parece que todo dé la razón a Parrish. Si me hubiese llevado a un par de hombres...

—No podíamos prever lo que ocurrió. El asesino no quiso arriesgarse y aguardaba los acontecimientos desde el terrado... Como si supiera que... —Sarko se interrumpió de pronto dando pie para que su amigo soltara:

—¡Lo sabía, Paul! Tenía que saberlo...

—Eso no es posible. El camarero solo efectuó una llamada telefónica. Habló con una chica, parecía su novia o algo por el estilo...

—¿Estás seguro de que no llamó a nadie más?

—Completamente seguro... Se pasó la tarde en el campo. A menos que... Pero no. No se movió de allí hasta que se hizo la hora de regresar. Yo tampoco me moví del radio de acción del micrófono. Y esto solo lo sabíamos tú y yo.

—Es lo mismo que yo pienso —repuso Sidney.

—¿No has hablado con nadie?

—No.

—¿Ni con Parrish?

—No. Le dije a Rita que tenía una cita con un camarero, pero nada más.

—Si Rita fuera un hombre, tuviera buena puntería y estuviera herido sería el sospechoso número uno.

Sidney pensó en algo que hizo que sus ojos se agrandaran. Lo que pensó fue en la herida de Rita. Sí. Ella tenía una herida. Aunque se dijo que era absurdo pensar en una mujer para un trabajo como aquel, ya nada le parecía descabellado.

—Voy a ir a mi nueva morada. Ya te di las señas, Paul... Adiós, necesito llegar cuanto antes.

—Yo también tengo algo que hacer, Sid. Ya veré el modo de ponerme en contacto contigo.

Con el mismo taxi, Sarko siguió solo la marcha. Tardó ocho minutos en llegar a su destino. Comprobó la dirección, era la que buscaba.

En el segundo piso de aquella casa se hallaba el teléfono al cual Roger, el camarero, había llamado aquella tarde. Sarko pasó algún tiempo buscando el distrito, luego le bastó marcar tres números de teléfono. A la tercera, en efecto, encontró a Brigitte, la reconoció por la voz. Brigitte era la chica que había hablado con Roger y quizá ahora ella podría decir algo importante que ayudara a Sarko en aquella carrera contra reloj.

Paul tuvo que llamar desde la calle. Brigitte no tardó en contestarle a través del megáfono:

—Soy un amigo de Roger. Me envía él. Es urgente.

Brigitte pareció sobresaltada y quiso saber si le había ocurrido algo al camarero.

—Ábrame y le explicaré lo que ocurre, Brigitte, de lo contrario tendré que irme, no me gusta quedarme a la intemperie.

Ella abrió desde arriba y tuvo la precaución de tomar una pequeña pistola que ocultó en el bolsillo zurdo de su bata.

CAPÍTULO XVI

—¿Muerto? ¡No es posible, Dios mío! Miente usted... No es posible... — Brigitte estaba moralmente deshecha.

—Lamento haberle tenido que dar la noticia, pero tenía que saberlo... y, al mismo tiempo, comprender que esa gente no bromea.

—No sé a qué gente se refiere usted, señor... Yo no conozco a nadie, ni siquiera le conozco a usted...

—Creo que le he explicado las cosas con detalle. Su —novio tenía una cita esta noche, con alguien que ayer le facilitó mil francos para que espíara a unos clientes del restaurante donde trabajaba. Es decir, donde ha trabajado hasta hoy.

Brigitte volvió al llanto y Paul tuvo que sacar a relucir cierta dureza para hacerla reaccionar. La tomó por los hombros, la zarandeó y acabó golpeándola en el rostro.

—Lo siento... Debe usted ser razonable. Un ataque de histerismo no devolverá la vida de Roger, pero si trata de hacer memoria tal vez me ayude a capturar al asesino y a evitar otras muertes...

La muchacha lentamente se fue recuperando y luego, más tranquila, musitó:

—Roger me llamó esta mañana diciéndome que alguien le había dado dinero y que le daría más. Esta noche quería celebrarlo, pero debió ocurrir algo porque me llamó esta tarde para decirme...

—Conozco esta llamada, Brigitte —atajó Paul Sarko.

—¿Lo sabe?

—Sí. Yo soy el hombre que tenía que ver a Roger. Estaba oculto aguardando al que ha resultado ser su asesino, pero ya veo que usted no quiere o realmente no puede ayudarme... ¿Dónde trabaja usted, Brigitte?

Paul imaginaba la respuesta. Tal vez porque tenía un gran espíritu observador y las poses de su interlocutora le recordaban algo.

—Soy camarera.

Omitió decir que el bar era únicamente de chicas, uno de esos sitios cerrados y con poca luz, pero el detalle en sí carecía de importancia para Paul que se limitó a preguntar:

—¿Conoció allí a Roger?

—Sí. Fue cuando era un bar normal, pero un buen día el dueño decidió cambiarlo. Chicas solo... Bueno, a Roger no le gustaba que trabajara en aquel ambiente y dijo que me sacaría de allí... Hubiera hecho cualquier cosa por conseguirlo. A veces temía que fuese capaz de hacer algo malo.

—¿Por qué? ¿No era respetuoso con la ley...?

—¿Por qué me hace tantas preguntas? Eso no le devolverá la vida.

—Lo sé, lo sé... Pero trato de averiguar todo lo posible acerca de su asesino.

—¿Y cómo voy a saber yo quién es su asesino?

—Quizá alguien de ese bar... Verá, Brigitte, nadie corre el riesgo de ir a visitar a un camarero y ofrecerle mil francos para que haga un poco de espionaje. Aunque la cantidad valga la pena es el procedimiento el que falla... Si el que pagó a Roger procuró disimular su aspecto y su voz es porque temía ser reconocido...

Mientras Paul hablaba recordaba las palabras que Roger le había dicho:

«Me esperaba en la escalera. Ahí hay poca luz. Era un tipo más bien delgado, creo que fingía la voz.»

Y en voz alta, Paul continuó:

—Alguien que supiera dónde trabajaba Roger, alguien que le conociera de antes y supiera que los escrúpulos de conciencia no eran su fuerte.

—¡Le insulta ahora que está muerto! —le reprochó Brigitte.

—Insisto en que trato de descubrir al criminal.

—No sé nada... Allí solo había otro camarero. El resto eran chicas...

—¿Cómo se llama ese camarero?

—No sé. Se largó. Trabaja en el Sur y las cosas le han ido mejor...

—¿Y esas chicas...? —entonces Paul se fijó en una foto que colgaba de la pared y se aproximó a ella—. ¿Son esas sus compañeras de trabajo?

Brigitte asintió.

Eran siete chicas en total, siete muchachas de caras alegres y cuerpos llamativos, bien formados, las respectivas minifaldas contribuían a resaltar la belleza de aquellas catorce piernas.

Sin embargo, no eran las piernas lo que miraba con tanta atención Paul Sarko... Era algo que le había dejado por unos instantes paralizado...

«Y, sin embargo, debí suponerlo», murmuró para sí, mientras sus ojos seguían clavados en una de aquellas chicas. Justo la del centro.

Cuando Paul Sarko llegó a la calle estaba convencido de haber dado un paso de gigante en la investigación, pero necesitaba hacer algo muy importante.

Sirviéndose, una vez más, del taxi, lo puso en marcha para dirigirse a su nuevo destino.

CAPÍTULO XVII

Sidney acababa de llegar a la buhardilla. Sobre uno de los colchones Rita estaba durmiendo cubierta con una sábana y un abrigo de entretiempo a modo de manta. No hacía frío, pero la habitación era húmeda y la noche de junio invitaba más bien a arrojarse.

Rita entreabrió los ojos y sonrió.

—¿Eres tú? ¿Qué hora es? —inquirió soñolienta.

—Medianoche, las doce en punto.

—¡Oh! Está fresco el tiempo, ¿verdad? ¡Qué sueño tengo!

—Duerme... Si no te molesta la herida.

—¡Oh, no! Apenas nada... —y la muchacha dio la vuelta. Sidney se quitó la chaqueta, luego la funda sobaquera donde guardaba el revólver y empezó a aflojarse la corbata tras dejar las otras prendas sobre su colchón situado cerca del de Rita.

De pronto se inclinó sobre ella y de un tirón le arrebató la ropa que la cubría.

Lo que vio hubiera tenido que sorprenderle, pero no fue así... Era como si un sexto sentido le hubiese puesto en guardia: Rita no estaba desnuda, llevaba puesto un pantalón negro, ancho y llevaba una blusa negra también.

Y un par de botones descosidos o rotos... Tenía en la tela señales de rozaduras y, sobre todo, en el brazo sobre el vendaje huellas de sangre como si la herida se le hubiese abierto.

Lo que sí sorprendió al agente es que apenas él a hubo descubierto, comprobó que la muchacha estaba acostada con un revólver en la mano derecha. Un revólver que ahora apuntaba directamente al pecho de Sidney.

Antes de que el hombre se decidiera a expresar su opinión, observó que Rita escondía entre el cuerpo una máscara de las que se ajustan a la piel. Una máscara que en la penumbra pueden convertir un bonito rostro de mujer en el de un hombre.

«Una figura menuda que fingía la voz...», una vez más resonaban las palabras del camarero recién asesinado.

—No te muevas. No intentes nada, Sidney. Lo siento... Hubiera querido que no te enteraras nunca... pero te empeñaste en seguir metiendo las narices por todas partes.

—Tenías que ser tú. Eras la única que sabías en qué lugar me reuniría con la señora Deveraux. Cometiste un error.

—El error fue tuyo en seguir husmeando.

—Con razón sospechaba de Parrish.

Ella rio y murmuró:

—Vuelves a equivocarte... Él no sabe nada de esto Son otros... Parrish vive en la luna, como tú... Menudo agente eres. Pensé que tendría que enfrentarme con un tigre...

—En cambio, tú eres una excelente tiradora.

—Tú tampoco lo haces mal. Tengo entendido que es tu fuerte. De veras me gustaría averiguar quién es mejor de los dos.

Por supuesto que Rita había dejado de ser la muchacha con aspecto más bien cándido y sumiso. Ahora se mostraba burlona, cruel y, sobre todo, con una tremenda seguridad en sí misma que era casi un insulto par: Sidney que la miraba inmóvil, en pie, al otro lado de colchón. Ella también estaba en pie y en ningún momento había dejado de encañonarle con una pistola que en sus manos tenía todas las trazas de ser un arma infalible.

—Desgraciadamente no tendremos tiempo para practicar ese deporte. Necesito saber muchas cosas... Po: ejemplo, ¿quién es ese tipo que ves con bastante frecuencia...? El del helicóptero, el mismo que se reunió con vosotros en el restaurante.

—¿Por qué no lo averiguas? —sonrió Sidney sin perder la calma.

—No tengo tiempo. Tú has precipitado las cosas dándote de listo. Me has descubierto y ahora tengo que prescindir de ti.

—Si disparas contra mí te quedarás con las ganas de saber todo lo que deseas. Llévame delante de tus jefes y entonces hablaré.

—¿De qué crees que serviría?

—¡Qué sé yo!

—Aunque conozcas a mis jefes, querido Sidney, no podrás hacer nada...

—Bueno, dame al menos la oportunidad. Es lo que suele hacerse entre compañeros de profesión, aunque luchen en bandos contrarios.

—Está bien. Te llevaré allí, pero dime primero quién es ese tipo. Sé que se llama Paul Sarko, y que entra y sale de la Embajada británica. Le tienen como agregado, pero ese empleo me huele a truco...

Sidney sonrió más ampliamente.

—Quieres llevarte la gloria tú solita, ¿eh? Demostrar a tus superiores que me has sacado la verdad... ¿Conozco yo a tus superiores?

—Sí, querido, los conoces...

—Hummm. Eso es malo para mí, porque querrán matarme para que no les delate... ¿Por qué no me ayudas, Rita? Hagamos un trato... Yo te digo quién es Paul Sarko y tú me das el nombre de tu jefe...

—¿Pretendes que le traicione?

—¡Oh, Rita! No está bien que finjas escrúpulos... Al fin y al cabo, perteneces a la CIA. También la has traicionado.

—Es una cuestión de ideales... En eso quizá nos parecemos. Tú trabajarías gratis para vengar la muerte de un amigo, pero ya ves... No puedo ayudarte porque esto significaría sentenciar a mi jefe.

—Entonces... ¿No hay tratos?

Ella se negó:

—No, Sid, y de veras que lo siento... No te obligaré a hablar, pero con ello no te hago ningún favor. «Ellos» tienen otros métodos... Vuélvete de espaldas. Solo te daré un golpe seco, no sentirás nada. Cuando despiertes estarás frente a los que deseas conocer a menos que te decidas a hablar...

—En cuyo caso me eliminarías tú misma aquí en esta buhardilla. No... Quiero alargar mi vida... Y si quieres golpearme por la espalda, adelante...

Se hallaba frente al ventanal inclinado. Miró un momento hacia el exterior y se volvió lentamente.

Ella levantó el cañón de su revólver con decisión. Iba a pegarle para privar a Sidney del sentido.

Y Sidney tenía una extraña sonrisa en el rostro. Sonrisa que fue mucho más amplia cuando el cristal de la buhardilla pareció estallar de repente. Y, en realidad, los cristales se hicieron añicos. Ella se volvió repentinamente, pero el hombre que acababa de saltar desvió la mano armada de la muchacha y antes de prolongar una lucha estúpida la golpeó con el puño en la mandíbula.

Rita, la hermosa y desconcertante Rita, cayó sobre el colchón y quedó totalmente fuera de combate.

CAPÍTULO XVIII

Eran más de las tres de la madrugada. Rita había despertado de su letargo media hora antes, pero se negaba a hablar.

Miró, alternativamente, a los dos hombres que tenía ante sí y murmuró:

—Podéis matarme si queréis. No diré nada.

Sidney fue el primero en reaccionar:

—No esperes compasión, querida. No puedo tenerla ante una cómplice del asesino de mi mejor amigo... Quizá tú misma ayudaste a poner el explosivo —Sidney sacó su pistola de reglamento y colocó el cañón a escasos centímetros de la nariz de la muchacha.

Ella, por primera vez, sintió miedo.

—No importa que no hables... Vendrán por ti... Si eres tan importante para ellos querrán saber qué es lo que he hecho contigo... Pero tendrán que buscarte en el Sena. ¿Estás dispuesto, Paul?

Paul asintió:

—Sí, ya hemos perdido demasiado tiempo —y fue el propio Paul quien tiró de ella obligándola a levantarse del colchón que hasta este momento había utilizado para sentarse.

—¿Qué se proponen...?

Paul la manejó a su antojo obligándola a volverse.

—En la nuca y fuerte, Sid. Ya no volverá a despertar.

—¡No! —gritó ella.

Sidney había levantado el revólver.

—¡Domeni! ¡Es Domeni mi jefe! —soltó de pronto.

Sidney interrumpió su acción.

—¿Es un truco? —inquirió.

—No lo es. Cuando me mandaste llamar no podía mentirte, traté de darte largas simplemente, porque sé que en la oficina están recopilando datos respecto a él...

—Domeni —repitió Paul Sarko—. Sospechaba algo, pero que fuera él... ¿Estás segura? ¿O tratas de salir del paso?

—¿Por qué no se lo preguntáis? Quizá tenga a otro más arriba... Siempre hay un jefe superior, pero yo no sé nada más... Él y su empleado... Sí, la furgoneta no fue robada, el que hizo la conexión para que estallara la casa de Deveraux fue un empleado del propio Domeni.

Mirando a Sidney, Rita añadió:

—Tarde o temprano lo hubieras descubierto, igual que Parrish, solo confiábamos en llegar hasta el día 12... Bueno... Hay que saber perder.

—Andando —adujo Sidney—. Iremos los tres allí y cuidado con hacer

tonterías... ¿Has venido en el taxi, Paul?

—Sí, está en la otra calle.

—Por cierto, aún no te he preguntado por qué has venido...

—Para advertirte que tenías el enemigo en tu propia casa.

—¿Cómo lo has descubierto, Paul? ¿Y cuándo?

—En casa de una tal Brigitte, la novia de Roger, empecé a sospechar que quien había inducido a Roger a espiarnos tenía que conocerle y mis ojos tropezaron con una excelente fotografía. Siete chicas preciosas y en medio Rita... Era para sospechar, ¿no?

—Solo me había visto una vez, desde el helicóptero —repuso ella.

—Y en el aeropuerto, mientras esperaba a Sidney con la comedia preparada...

Ella lanzó un bufido.

—Maldita fotografía... Bueno, lamentarse ya no sirve de nada.

Se dejó conducir. Paul, que no se había quitado la gorra de taxista, condujo el coche, Rita estaba a su lado y detrás, en actitud vigilante, se sentó Sidney.

La ruta a seguir les llevó hacia la Banlie, a casa del hombre de las urgencias. Eran ya cerca de las cuatro de la madrugada. Alboreaba el nuevo día.

—¿Sospechabas de él, Paul? —preguntó su amigo.

—No tenía datos concretos, pero era un tipo a vigilar.

—¿Todavía no puede decirme quién es usted y qué pinta en todo esto, Sarko? —preguntó ella, volviéndose hacia el conductor.

—Puedo decírselo, sí... En realidad no soy más que un agente de mi país...

—¿Usted es africano?

—Medio africano y medio indio. Nací en Calcuta.

—¿A qué clase de organización pertenece?

—Es una organización muy especial —repuso Paul Sarko—. En realidad trabajo a las órdenes del rey Mohaim... Y soy el más interesado en conseguir que nada le ocurra.

Ella sonrió y siguió preguntando:

—¿Y hace tiempo que conoce a Sidney?

—He viajado mucho, tengo amigos por todas partes. Sidney es a quien más aprecio.

—Estoy segura de ello —admitió la muchacha.

—El rey no se fía mucho de los servicios secretos de Occidente... Confío mejor en mi humilde inteligencia, porque el rey sabe positivamente que quieren matarle... y de quien más desconfía es de la CIA. Por las infiltraciones, claro... Ya ve. En un país tan lejano y remoto, tanto que si no fuera por el petróleo ni siquiera figuraría en el mapa... y, sin embargo, se desconfía de las grandes organizaciones...

—Estamos llegando —anunció Sidney.

—Sí. Ya lo veo. —Y Paul detuvo el auto para seguir solo a pie hacia la puerta principal de la tienda. Sidney se quedó en el coche encañonando a la muchacha.

CAPÍTULO XIX

Paul Sarko llamó a la puerta lateral, que era la que comunicaba directamente con la vivienda.

A medida que avanzaban los minutos el albor del nuevo día se acentuaba.

—¿Quién es? —preguntó una voz desde el interior.

—El periodista que habló con usted ayer, señor Domeni. Abra, por favor, tenemos noticias importantes...

—¿A estas horas? —inquirió Domeni tras un silencio.

—Sí, es un poco temprano, pero hace una mañana espléndida. Asímesese, se lo ruego. Es muy importante para usted.

Se oyó el descorrer de un cerrojo y luego en la penumbra apareció la figura de Domeni, tímida y hasta un tanto ridícula, pero no estaba solo. Aunque Paul no podía ver quién andaba por detrás, sabía que había alguien.

Domeni miró hacia fuera.

—¿Qué pasa?

Paul metió la mano en el bolsillo en el momento en que la puerta se cerró bruscamente y una voz gritó:

—¡Es una trampa! —era una voz joven.

Paul saltó a un lado en el momento en que, desde dentro, lanzaban una ráfaga de plomo.

—¡No malgasten municiones, amigos y entréguese! Tenemos a Rita Malone en nuestro poder...

—¡No hay trato, amigo! —repuso una voz desde dentro—. Si quiere atraparnos tendrá que entrar. ¡Ande, pruebe a hacerlo!

Sarko gritó:

—¡Sid! Saca a Rita y escúdate con ella. Seguiremos su juego. Si prefieren liquidarla allá ellos.

—Hagan lo que quieran —gritó la voz de dentro—. No nos entregaremos...

Sidney dudaba, convencido de que Domeni y su cómplice tirarían igualmente. Era su piel la que les importaba conservar...

Fue entonces cuando los potentes faros barrieron la carretera. Llegaban cuatro coches que enseguida acordonaron la zona. Parrish iba al frente del resto de los agentes.

—Cúbralo todo...

—¡Parrish! —exclamó Sidney.

—¡Ah! ¿Es usted? Debía suponer que estaría aquí... Obrando siempre

por su cuenta, ¿eh?

Rita aprovechó la breve confusión para intentar huir.

—¡Eh, quieta! —gritó Sidney persiguiéndola. Se lanzó contra ella derribándola, mientras dos agentes ya se habían ocupado de corlarle el paso.

—Luego hablaremos, Sidney —adujo Parrish—, aunque temo que con usted de nada sirve... Vamos a ver si terminamos esto de una vez...

—¿Desde cuándo sabía que Domeni era uno de los traidores? —inquirió Sidney.

—Desde hace una hora... Y también supe lo de Rita. Ya hablaremos, ya hablaremos...

Sarko, pegado a la pared de la casa, murmuró:

—Solo son dos. Vuelen la casa. Es lo mejor que pueden hacer...

—No, amigo... Tienen muchas cosas que contarnos, los queremos vivos, aunque si se empeñan en morir les complaceremos.

Aguzó la voz y conminó a los de dentro:

—Estáis rodeados. Si no salís dentro de cinco segundos volamos la casa —y la voz de Parrish era tajante.

Bueno, contra las presuntas agallas de Domeni y de su cómplice-ayudante, imperó el sentido común y los dos hombres optaron por salir con los brazos bien altos para que no se pudiera dudar de sus intenciones.

Ambos juntamente con Rita Malone fueron llevados a un lugar especial, a las afueras, un lugar dependiente de Parrish.

—Es un buen sitio para interrogar a la gente —dijo Parrish—. Y espero que esta vez me dejen llevar las cosas a mi modo. —Esto último naturalmente iba para Sidney Stocker que no hizo el menor comentario.

Un agente salió de la habitación donde habían quedado en custodia los tres espías. Alguien se encargaba de mantenerles despiertos acariciándoles «hábilmente».

—Bueno... Ahora no importa que lo sepa, Parrish. Mi amigo es un agente especial del rey Mohaim... —dijo Sidney presentando a Paul.

—¡Vaya! ¿Se le ha desatado por fin la lengua...? —sonrió Parrish que mostraba evidente satisfacción.

—Señor... —siguió Sidney—. Hay cosas confusas todavía... Por ejemplo, lo ocurrido en el apartamento, con la señora Morgan...

—Esto es algo que también yo necesitaba aclarar —confesó Parrish—. La noticia de que los Morgan pertenecían a una organización contraria a la nuestra llegó en el último momento. El agente vio claramente cómo aquella mujer iba a disparar contra Rita y actuó en consecuencia...

—A menos que fuera una comedia preparada por las dos para que quedara grabada en los micrófonos...

—¿Sabía usted que había micrófonos? —inquirió Parrish.

—Sí, Parrish. No es tan difícil descubrir micrófonos...

—Bueno, de todos modos lo que Sid dice sobre que la Morgan y Rita pudieran representar una comedia es un absurdo —y ahora era Paul quien intervenía.

—No tanto —cortó Sid.

—La Morgan sabía perfectamente que si encañonaba a Rita surgiría uno de los agentes y dispararía. Era demasiado arriesgado...

Parrish atajó con la idea final:

—¡No! Ahora lo vea claro. Ni la Morgan ni Rita sabían lo de los agentes en la azotea, por lo tanto, la hipótesis de que representaban una comedia entra en lo posible... Porque no olviden que además de los micrófonos — aquí Parrish acentuó su poco prodigada sonrisa— había cámaras instaladas y esto sí que lo sabía Rita...

Y pidiendo disculpas, el viejo pasó al cuarto de los detenidos donde Rita ratificó la última de las posibilidades. Parrish grabó la declaración de la joven:

—Según lo planeado, yo acabaría arrebatando el arma a la señora Morgan, pero ella conseguiría huir no sin antes producirme un rasguño. Eso era lo que debía ocurrir.

—¿Por qué esa comedia? —inquiría a través del magnetófono Parrish.

—Porque sabíamos que Sidney era muy desconfiado. La comedia podía ayudarle a confiar en mí. Y también era en honor suyo, Parrish. No estaba del todo segura de que usted confiara en mí...

—Bien —dijo Parrish cortando la reproducción que acababa de poner para Sidney, Sarko y los suyos—. Ya tenemos algo positivo, pero temo que aún nos quedan muchas verdades que arrancar. Ya les tendré informados. En cuanto a usted, Sarko, espero que antes del día 12 pueda dar noticias satisfactorias a su rey...

Sí, todo parecía solucionado en apariencia. Un brillante servicio que culminó el día 10. Exactamente dos días antes de la llegada prevista para el rey.

CAPÍTULO XX

La noticia salió con alardes tipográficos:

«Complot para asesinar al rey Mohaim desarticulado por la CIA con la ayuda inestimable de los Servicios de Seguridad franceses.»

La colaboración había sido en la detención de otros implicados hasta alcanzar «la vasta red» de la que hablaban también los periódicos.

Entre los detenidos figuraba Morgan, marido auténtico de la mujer muerta en el apartamento de Rita. Esta noticia daba una mayor tranquilidad a Sidney que había vuelto a su primitivo apartamento y esperaba el día 12 casi por pura rutina.

Paul Sarko, por su parte, había ido a visitar a Minerva y no tuvo que escatimar ni un solo minuto con ella.

—¿Con que se trataba de todo esto que dicen los periódicos? ¿Ese era el secreto? —murmuró ella al tiempo que añadía—: ¿Por qué no me dijiste la verdad?

—En estas cosas cuantas menos personas están en el secreto, mejor. A veces pagan justos por pecadores.

—¿Hago cara yo de agente secreto? —sonrió Minerva.

—Hiciste muy bien el trabajo que te pedí. Vigilar la casa de Deveraux...

—No me lo recuerdes...

—No te pedí que fueras su guardaespaldas... Bueno, no hablemos de esto.

No. Era mejor hablar menos, y así lo hicieron.

Paul Sarko salió de aquella casa por la mañana del día 11. Y se dirigió al apartamento de Sidney, pero antes de llegar optó por llamarle desde una cabina. Se reunieron en un lugar apartado después de que Paul se aseguraba de que estaban solos.

—¿Todavía desconfiando? —preguntó el americano.

—Esto no ha terminado, Sid, sería demasiado fácil... —sonrió Paul.

—No hablarás en serio.

—Ahora escucha bien y mira ese plano. Es de Orly... Todo estará a punto... Excepto que el rey no llegará en ese avión...

—¿Eh?

—Su Majestad —siguió Paul Sarko— se halla ahora en Niza, de incógnito. Es decir está ya en ruta y llegará aquí mañana, la fecha prevista, pero por carretera y se instalará directamente en el hotel.

—Previsor hasta el fin... Bueno, no creas, yo también tenía mi plan —
adujo Sidney.

—Sí, amigo, pero aún no he terminado. Escucha... Todo lo que te estoy diciendo es sumamente importante.

Sidney escuchó atentamente las instrucciones y su interlocutor concluyó:

—Ahora Parrish debe hacer el resto. Dile que no quiero fallos... Y esto es todo.

Sidney iba a decir algo, pero optó por callar. Luego los dos amigos se separaron.

El americano fue directamente al despacho de su jefe y le mostró el plano.

—Esto es confidencial.

Le dio las instrucciones recibidas de Sarko y al terminar Parrish sonrió sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

—Tanto preparar las cosas para que ahora nos salga con que el rey va a llegar por carretera. Esto es llenarnos de ridículo... ¿No se lo ha dicho, Sidney?

—No, porque la idea me parece excelente... Además, si le disuadimos y algo sale mal nos achacarían la culpa a nosotros.

—En esto puede que tenga razón, pero demuestra ante la opinión que tenemos muy poca confianza en nosotros mismos.

—No estoy de acuerdo, Sarko nos brinda la idea. Él no intervendrá. La gloria será nuestra.

—Bien, si lo han decidido así ya nada se puede hacer, pero otra vez que les proteja «su tía». Gracias por el informe, Sidney. Hasta la vista.

Sidney regresó a su apartamento. Aquella tarde se hizo servir una cena suculenta del restaurante más próximo. Una cena que no llegó a saborear porque tuvo una visita. Es decir dos: eran colegas, agentes de menor entidad que le traían un recado.

Sidney, al principio, creyó no haber entendido bien.

—¿Qué es lo que dicen que debo hacer?

—Que llame a su madre, Stocker.

—¡Cielos! ¿Es que acaso no se encuentra bien?

—Esperemos que sí, pero... se han recibido noticias de que... En fin, llámela usted mismo. Conferencia de persona a persona...

Miró a los dos agentes. No veía nada claro, pero lo que pudiera ocurrirle a su madre sí le importaba y llamó:

—Mamá... Soy Sidney... Sid, te llamo desde París... ¿Estás bien?

—Perfectamente, hijo. ¿Y tú?

—Yo también, mamá, pero me han dicho...

—Espera, hijo... hablarás con mi caballero —aunque se esforzaba por mantener serena su voz, la señora Stocker vivía bajo la amenaza de un

revólver.

Dos hombres eran los que estaban en su casa. Uno de ellos la mantenía encañonada, el otro habló con Sidney.

—Señor Stocker, seré breve. Su madre se encuentra bien por ahora, si usted desea que siga así cumpla, al pie de la letra, las instrucciones que le den, de lo contrario, mañana mismo recibirá un telegrama anunciándole funestas noticias...

—Pero... ¿qué pasa? ¿Quién es usted?

A través del auricular y aun a la distancia creyó escuchar el chasquido de un revólver. Luego la voz angustiada de su madre:

—¡No te preocupes por mí, hijo! ¡Cumple con tu deber!

Colgaron.

—Pero... ¿qué significa esto? —se encaró Sidney a los dos agentes.

La respuesta llegó de labios de Parrish.

CAPÍTULO XXI

—La farsa ha terminado, Sidney... Todo empezó con la muerte de Deveraux... Era necesaria para demostrar que, efectivamente, existía una conspiración para matar al rey. Deveraux antes y entonces había actuado dentro del más absoluto secreto... No había descubierto absolutamente nada, pero tenía que morir. Era un golpe de teatro que daba pie para redoblar nuestra vigilancia. Puede decirse que con Deveraux concluyó el primer acto —y Parrish siguió—: Segundo acto: una nueva representación que culmina con la captura de toda la banda de conspiradores. Usted lo cree, todo el mundo lo cree. Fin del segundo acto... Y ahora llega el final.

Sidney guardó silencio, pero comprendió la verdad aun antes de que Parrish prosiguiera:

—El final... Llega el rey, libre de conspiradores, pero, ¡oh!, cuando menos puede esperarse surge la bala asesina... Una comedia perfecta para un fin sin fallos. Mohaim debe morir. Se lo dije...

—¿Y esa mano asesina? —inquirió Sidney lentamente.

—La de un perfecto tirador. Usted. No debe fallar...

—¡No!

—¿Ya no recuerda a su pobre madre?

—Escuche, Parrish... con razón sospechaba de usted, pero jamás le creí capaz de semejante canallada... Paul es uno de mis mejores amigos. El confía en mí...

—Hay que saber perder, amigo... No culpe a la CIA. Cada cual trabaja para quien más le conviene, como Rita, como Domeni... Ahora tendrá que hacerlo usted... Elija, el rey o su madre. La de usted, claro.

—Esto no le saldrá bien, Parrish...

—Sería la primera vez que fallara en algo. También se lo dije... Yo triunfo siempre.

—Si vivo después de esto, juro que le mataré.

—No se ponga así. Al fin y al cabo, no correrá riesgos... La idea de que el rey viniera por carretera sin escolta, facilita las cosas. Hemos elegido el sitio ideal... Y sabemos que usted no fallará.

—¿Por qué no eligieron a Rita? Ella también es una excelente tiradora... ¿Dónde la tienen ahora? ¿En qué país la han escondido?

—Eso no debe preocuparle... Desaparecerá simplemente, una lamentable fuga, luego pasará el tiempo y nadie se acordará...

—¿Por qué yo, Parrish? Esto es demasiado —insistió Sidney dejándose caer.

—Pues... porque aparte de ser un as disparando con ello realizará un

acto del que quedará constancia fotográfica. Y esto le mantendrá en nuestro poder.

—Chantaje...

—Necesitamos buenos agentes y usted es mejor de lo que cree. Bueno, existe una tercera razón, Sidney, y es la de que nadie sospechará de usted... Ahora concéntrese... No le ocurra como a Guillermo Tell, ese suizo que, según la leyenda, debía salvar su vida atravesando una manzana colocada sobre la cabeza de su hijo. Era un buen tirador, pero se puso nervioso y falló, matando a su propio hijo... Si usted falla y yerra el tiro el rey seguirá vivo y su madre morirá...

Parrish se alejó dejando a dos agentes vigilando estrechamente a Sidney.

Era inútil intentar telefonar. Le habían cortado las líneas y tenía rigurosamente prohibido salir. Por otra parte, la amenaza a su madre era el arma más poderosa que le retenía.

Aquella noche la televisión anunció la llegada del rey para las diez de la mañana, hora de París.

CAPÍTULO XXII

El aeropuerto de Orly estaba supervigilado, por lo demás el tránsito era normal.

La pista donde debía aterrizar el avión del rey se hallaba prácticamente acordonada. Tampoco podía decirse que hubiese más curiosos que de costumbre, aunque quizá alguno sí había ido por la propaganda realizada.

Entre la gente se hallaba una persona muy conocida de Paul Sarko: Minerva.

Eran las diez menos algún minuto cuando se anunció el vuelo procedente de Casablanca. Era el vuelo que utilizaba el rey y su séquito...

En un lugar distante del aeropuerto, y por una carretera secundaria, un coche con matrícula francesa avanzaba precedido de otro automóvil.

En apariencia, no viajaba nadie importante en aquellos autos... Cuanto menos no aparentaban transportar ninguna personalidad regia.

En otro determinado sitio, ya dentro del casco urbano de París, una pequeña comitiva esperaba aquel par de automóviles. Era una comitiva formada por cuatro personas.

Dos de ellas montaban guardia en un edificio en construcción cuyas obras estaban interrumpidas en la segunda planta.

Otros dos paseaban por el lado opuesto oteando la calle. El quinto hombre estaba detrás de un tabique con un fusil de mira telescópica esperando la señal.

Era Sidney quien tenía el arma en la mano. La distancia era ideal, el escondrijo perfecto y la fuga garantizada.

Eran las diez y unos minutos.

A lo lejos, en Orly, tomó tierra el avión que, oficialmente, llevaba al monarca.

La comitiva oficial se dispuso a recibirle. Entre ellos, Sarko, como agente especial al servicio del rey estaba allí. Para todos, aquella ceremonia era la auténtica.

Las cámaras recogieron la bajada del rey, medio oculto por la capucha de su chilaba y arropado por su séquito.

Poco más o menos, a la misma hora, los dos coches se aproximaron al lugar donde aguardaba Sidney.

Le llegó el aviso a través de un transmisor.

—Ahí están.

Los otros dos se apresuraron a colocar una valla para obligar al auto a detenerse.

El del transmisor preguntó:

—¿Va en el primero?

—Sí. Al menos, así me informaron. Primer coche, asiento posterior, lado derecho...

—Afina bien, muchacho...

Sidney apuntó.

En Orly, el séquito, tapando materialmente al rey, avanzaba hacia el edificio.

En el otro lugar, Sidney observó el auto. Vio que frenaba su marcha a consecuencia de la valla. Sus manos temblaron ligeramente, pero el índice de su diestra se colocó en el gatillo. Había llegado el momento culminante.

En Orly, una banda interpretaba el himno nacional de la pequeña república independiente.

Los platillos concluyeron la música.

Un estampido amortiguado por el silenciador salió del cañón del arma de Sidney y atravesó el cristal de la parte posterior, lado derecho del coche.

Se oyó un grito. La bala había alcanzado su destino, incrustándose en el cráneo de la víctima...

Luego la desbandada, y un africano gritando:

—¡Asesinos! ¡Han matado al rey! ¡Han matado al rey!

* * *

Las noticias de agencia corrieron a través de los teletipos:

«En Francia y por una fracción desconocida ha sido asesinado el rey Mohaim que viajaba en coche por una carretera secundaria.»

En Norteamérica, en Búfalo concretamente, el reloj señalaba las cinco de la mañana. La noticia saltó a la calle a las siete. En París nada sabían todavía...

Sidney a las trece horas, ocho horas de Búfalo, recibía una llamada telefónica de su madre:

—Hijo... Me han dejado libre... Estoy bien... ¿Qué has tenido que hacer a cambio, hijo? ¿Nada deshonroso, verdad?

—No, mamá... Nada que no hubiese hecho otro en mi lugar —fue así de lacónico. Antes de colgar anunció—: Mañana estaré a tu lado.

* * *

En el depósito de cadáveres Paul Sarko estaba frente al cadáver cubierto con el lienzo. Con Paul se hallaba Sidney y un par de árabes.

—Ahora está lavado. Creo que podrán reconocerle —dijo el comisario que había sido nombrado de forma especial para aquel caso. Un comisario que en realidad pertenecía al servicio de la Seguridad Nacional Francesa.

Al destaparse el lienzo apareció la inconfundible figura de... PARRISH.

—Le hemos quitado el traje que llevaba. El traje de árabe —dijo el «Comisario Especial». ¿Les costó trabajo apresarle?

—No mucho, estaba todo bien planeado. Lo mejor lo ha realizado Sidney —sonrió gravemente Paul.

—Lo más difícil fue que tragara la comedia —repuso Sidney.

Paul Sarko se dirigió al comisario.

—Gracias por su colaboración, agente... ¡Ah! ¿Ya han desmentido la noticia de la muerte del rey?

—Por supuesto...

—Bien, Sid, no tienes que preocuparte. Un nutrido número de agentes compatriotas tuyos vigilan la casa de tu madre... Creo que pertenecen al FBI.

—Gracias, Paul. Y te felicito, tu plan salió perfecto... Se tragaron que el rey haría el viaje por carretera, cuando en realidad vino según lo anunciado... Ahora Deveraux está vengado, y el rey sano y salvo.

—Sí. Al rey jamás le gusta esconderse...

El comisario intervino para puntualizar:

—Los conspiradores están en nuestro poder... Esto pasa ya a la jurisdicción de la autoridad francesa... Habrá absoluta discreción.

—Por supuesto, señor.

El comisario iba a añadir algo y hasta pareció que iniciaba una reverencia, pero Sidney negó con la cabeza y Paul colaboró:

—Un apretón de manos, señor.

Luego el apretón fue para Sidney y sirvió de despedida.

—Si te das prisa tomarás el avión de las dos. Buen viaje, Sidney. Tu ayuda fue inapreciable.

Sidney se alejó en un taxi. Paul subió al coche que le aguardaba frente al depósito. Dentro había una muchacha: Minerva, que miró como si algo en Paul la impresionase vivamente.

Él puso el vehículo en marcha, sin prisas y ella espetó:

—¡Oh, no! Yo te vi besar al rey y él te abrazaba... ¿Qué me ocultas ahora?

—Nada, querida. Es lógico que un padre abraza a su hijo.

—¡No, Paul! No me tomes el pelo...

—Soy príncipe por heredad y seré rey si mi padre abdica, lo cual no me hace ninguna gracia, te lo aseguro, por eso vivo siempre entre Europa y América y no me gusta proclamar unos títulos que no tienen para mí la menor importancia... Por otra parte deseo una larga vida a mi padre; por ello hice cuanto pude para hacer fracasar los planes de la conspiración.

—¡Dios mío! Voy a desmayarme...

—¿Para qué? Si algún día, para que no parezca un desprecio, debo ocupar el trono de mi padre, nada impide que vengas conmigo. Mi país tiene cosas bonitas... Y yo no tengo prejuicios. Te aseguro que lo pasaríamos bien... y a un rey nunca le faltan excusas para largarse de viaje...

La besó como siempre, pero ella sintió la sensación de que aquel ósculo era distinto.

Claro, era un beso real... bueno de momento solo principesco.

FIN